Selección TERROR

MACABRA INMORTALIDAD

Ralph Barby

El gigantesco óleo representaba un entierro en noche de plenilunio en torno a una fosa abierta, una fosa de aspecto nada tranquilizador.

Había algo más de dos docenas de seres de rostros cadavéricos que semejaban aguardar el final del sepelio. Incluso, había allí un gran perro de pelaje pardo oscuro, lo que resultaba incongruente, pues jamás se dejaba entrar a un perro en un cementerio, máxime en los momentos del entierro, aunque resultaba imposible saber si lo que se representaba en el lienzo era un cementerio.



Ralph Barby

Macabra inmortalidad

Bolsilibros: Selección Terror - 468

ePub r1.0

xico_weno 31.08.15

Título original: *Macabra inmortalidad*
Ralph Barby, 1982

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

El rostro de míster Joshua Cooper reflejaba preocupación. A su lado, a bordo del lujoso automóvil, viajaba su secretario y abogado Fergus, un hombre que sabía respetar los silencios de su patrón.

Conducía un chófer y, veinte o treinta yardas más atrás, les seguía otro vehículo. No era un automóvil tan lujoso sino un coche robusto y rápido conducido por el arquitecto Patrick Lancaster.

Junto a él iba Maxwell, arquitecto jefe de la constructora Cooper Limited.

—¿De veras cree que va a ser tan difícil esa obra? —preguntó Patrick Lancaster a su jefe.

—El patrón está preocupado porque cree que éste puede ser un gran negocio que le resarcirá de las últimas pérdidas. Por lo visto, el promotor es un tipo excéntrico, ya sabes, un maníaco. Imponen condiciones porque pagan.

—¿Tan extrañas son esas condiciones? —quiso saber Patrick que no perdía de vista al automóvil que transportaba al patrón Cooper.

—De todos modos, creo que míster Cooper terminará por aceptar el contrato y nosotros levantaremos lo que nos pidan.

—Eso espero, aunque no sé qué es en realidad.

—Yo tampoco. Quién sabe, a lo mejor nos piden que construyamos un *parking*.

—¿Un *parking* en altura?

—Lo único que sé es que el terreno de que se dispone está muy bien situado dentro de la city.

Los faroles de la gran ciudad se encendieron. El cielo tenía una tonalidad más oscura de lo habitual, una densa capa de nubes impediría que los habitantes de la ciudad pudieran ver las estrellas aquella noche.

El automóvil de míster Cooper se detuvo frente a la puerta de hierro forjado que cerraba un muro de piedra sobre el que había

una verja a su vez de hierro forjado, con puntas amenazadoras en lo alto.

Patrick Lancaster estacionó su automóvil detrás del de Cooper.

—Aquí debe ser.

—Todo esto tiene aspecto de ser viejo —opinó Maxwell.

Patrick Lancaster fue más contundente en su observación.

—Yo diría que es ruinoso.

—¿Qué cantidad de terreno edificable habrá aquí? —inquirió Maxwell sin pretender obtener una cifra exacta.

—Tres mil metros cuadrados, quizás más.

—Eh, Maxwell, Lancaster —interpeló Cooper que ya se había apeado de su automóvil acompañado de su secretario-abogado.

—¿Es aquí, míster Cooper? —preguntó Maxwell.

—Sí, parece que es aquí. Quiero que pongan la máxima atención, hay que valorar lo que se me proponga y según sea el presupuesto, aceptaré o no, depende.

Fue Patrick Lancaster quien, ya en la puerta, estiró de una cadena llamador que sólo produjo ruidos chirriantes.

Cooper, impaciente, gruñó:

—¿Crees que la oirán?

—Yo creo que dentro del caserón ha sonado una campanilla —opinó Lancaster, el más joven del grupo.

El resorte de la cerradura se abrió como accionado por un cable invisible, los goznes chirriaron también.

—Creo que podemos pasar —dijo Lancaster.

Cruzaron lo que mucho tiempo atrás debió ser jardín o patio y subieron un par de peldaños que les dejaron en el atrio. La puerta era de gruesa madera, por lo menos tendría cinco pulgadas, y debería pesar una barbaridad, incluyendo los múltiples herrajes que ahora se veían oxidados.

La puerta también se abrió mediante una cadena accionada a distancia. Míster Joshua Cooper opinó:

—Esto parece la casa encantada.

—Es un gran caserón —opinó Maxwell— o quizás, hace siglos, fue un palacete.

El abogado Fergus se atrevió a sugerir:

—Será mejor que tome medidas económicas por si no tiene suficiente solvencia. Ya sabe que en ninguna parte he encontrado

referencias bancarias sobre ese sujeto llamado Lease F. Asael.

—Tengo motivos para, pensar que ese hombre puede pagar, aunque ignoro hasta qué punto.

Se adentraron en un amplio vestíbulo, débilmente iluminado con lámparas de aceite. Debía ser un aceite especial, pues el ambiente estaba enrarecido por un olor difícil de definir. El olor a humedad también era fuerte allí.

—Aquí no debe vivir nadie —opinó el arquitecto jefe Maxwell.

Nadie respondió. Avanzaron por un corredor, extrañados de que nadie les saliera a recibir. Se detuvieron frente a una puerta de color tan oscuro que parecía negro.

Era como los cuadros antiguos en los cuales los aceites han envejecido y oscurecido, además de impregnarse con los humillos desprendidos por las lámparas de aceite y queroseno, incluidas las velas.

—Bienvenidos a mi residencia —les saludó con una fría sonrisa el hombre que acababa de aparecer en la puerta.

A Patrick Lancaster, aquel hombre le resultó extremadamente alto y delgado. Vestía de un color que más que negro era gris oscuro. Llevaba barba y bigote, más amarillentos que blancos, lo mismo que su cabello.

Sus ojos oscuros tenían algo de rojizo en tomo a las pupilas.

En su mano larga y huesuda sostenía un candelabro de tres brazos con las palmatorias de color rojo colocadas en forma de escalera.

Patrick Lancaster pensó que aquel hombre resultaba demasiado excéntrico o quizás sufría locura senil, pero nada podía decir ni hacer; aquel individuo interesaba a la constructora que deseaba rehacerse del último tropiezo económico.

—¿Quiere un cigarro? —preguntó míster Cooper, tendiéndole uno de la mejor calidad que podía hallarse en el mercado.

—No, gracias, no fumo.

A todos les pareció que en el ambiente enrarecido de aquella repulsiva mansión, un poco de humo no se iba a notar.

—¿Le importa que yo fume, es decir, que nosotros fumemos?

Ante la pregunta cortés y educada de míster Cooper, el tal Lease F. Asael respondió:

—Pueden fumar lo que gusten. Síganme, por favor.

Les condujo a una mohosa y descuidada biblioteca donde los volúmenes parecían perder sus hojas y tapas. Algunos se hallaban por el suelo y la larga mesa se veía agrietada en varios puntos.

—Disculpen todo este descuido, hace tiempo que nadie vive aquí.

Todos asintieron, como no dando importancia a la situación.

—Ustedes arrasarán todo lo que hay construido ahora.

Los miembros de la constructora sonrieron, aquellas palabras les sonaban a gloria. Remodelar el viejo caserón habría sido una tarea infernal, pero partir de la base de que había que arrasarlo resultaba magnífico.

—Bien, la parte de demolición no será cara y siempre depende de lo que haya que construir encima.

—Un edificio de doscientos pies.

—Es mucha altura. ¿Se trata de un edificio de apartamentos o un hotel?

—No, nada de eso.

—¿Un edificio de oficinas? —insistió míster Cooper, tratando de acertar, mientras miraba fijamente al viejo de la barba.

—Será como un templo.

Se levantó para buscar un rollo ancho, podía ser varios pergaminos pegados entre sí y lo extendió sobre la mesa. Todos pudieron ver el dibujo de una especie de templo que escalofriaba.

—¿Puedo preguntar para qué religión es? —inquirió Maxwell.

—No. No habrá preguntas sino realidades —le puntualizó el hombre de la barba y el cabello amarillentos. Tenía un aliento fuerte, en calor y en hedor.

—Una obra como ésta —advirtió el abogado Fergus— resultará muy cara. ¿Se da cuenta de lo que pide?

—Naturalmente, y pueden estar tranquilos, cobrarán hasta la última moneda, sencillamente porque trabajarán siempre con el dinero que les iré entregando de forma aplazada. No les exijo que trabajen más de lo que yo les haya dado; de este modo, si en alguna ocasión temen que no les pague, son libres de abandonar la obra y nada habrán perdido.

A Joshua Cooper le brillaron los ojos, pero se limitó a decir:

—Me parece justo.

—Magnífico que nos podamos entender, caballeros; no obstante

hay algunos detalles a los que deberán someterse.

—¿Cuáles? —preguntó Cooper que iba directo al negocio y ya no se fijaba en la humedad reinante, en los mohos que parecían invadirlo todo.

—Tras demoler todo lo que hay construido ahora, sólo podrán profundizar tres pies para la cimentación.

Quedaron boquiabiertos ante tan insólita petición. Maxwell se apresuró a decir:

—Imposible. Un proyecto de tanta envergadura y con la altura que nos exige no puede tener sólo tres pies de profundidad, los del ayuntamiento no lo aprobarían.

—Creo —intervino Patrick Lancaster— que, técnicamente, este asunto se puede resolver.

Morris Maxwell, jefe de Patrick Lancaster, le lanzó una mirada furibunda con la que le reprochaba su intervención.

—Explíquese usted, joven —pidió Lease F. Asael.

Cooper, temiendo perder el contrato, le animó:

—Sí, Patrick, explícate.

Patrick Lancaster se dio cuenta de que su patrón le había interpelado por el nombre de pila, cuando lo normal era que le llamara por el apellido. Maxwell frunció el ceño aún más.

—Si al promotor no le importa que la planta noble, la primera tenga nueve o diez pies de altura y que se acceda a ella mediante una escalinata, puede ser suficiente. Dará la impresión de que debajo hay un sótano cuando todo estará macizado de hormigón armado, con unos centenares de toneladas de plomo metidas dentro del hormigón para darle más peso, claro está que sería una labor muy dura; se tendrían que colocar muy bien los pilares y poner tirantes a tres, seis y nueve pies, uniendo los pilares entre sí y luego rellenarlo todo con hormigón de primera calidad.

—¿Crees que así no caería? —preguntó Cooper sin apartar sus ojos de Patrick Lancaster.

Maxwell intervino de nuevo para protestar:

—No lo aprobarán, se va de las normas.

Patrick Lancaster, que parecía apasionarse por el desafío técnico que representaba la obra, explicó:

—No caerá si la base es amplia y tiene un peso tres veces superior al resto de la edificación. Por supuesto, habrá que efectuar

infinidad de cálculos, pero se puede hacer y como no se trata de una edificación para viviendas ni oficinas, tendrían que aceptar y aprobar los planos si se demuestra que técnicamente son aceptables; es como si antiguamente hubieran prohibido levantar catedrales. En Barcelona, por ejemplo, se alza un templo que rompe muchas normas y que diseñó un magnífico arquitecto que se llamó Gaudí. Después de muchos años de su muerte, lo continúan otros arquitectos tal como él lo planeó.

—Éste no es el templo de la Sagrada Familia —gruñó Maxwell.

—Parece que lo bueno siempre es lo que está hecho y no lo que se ha de llevar a cabo.

—Comprenderá que henos de estudiar este proyecto antes de aceptar ponerlo en marcha —dijo míster Joshua Cooper a Lease F. Asael que asintió con la cabeza.

—Lo comprendo, es una obra difícil.

—Pero ¿por qué no puede profundizarse más de tres pies?

—inquirió Maxwell muy molesto pese a que trataba de controlarse al darse cuenta de que Patrick podía quitarle aquel trabajo.

—Porque debajo hay reliquias, una historia que no debe tocarse.

Míster Joshua Cooper le dijo entonces:

—Podemos levantarlo todo con exquisito cuidado y volverlo a poner en su lugar exacto una vez se hayan hecho los sótanos y la cimentación adecuada.

—No —replicó tajante Lease F. Asael, dispuesto a no ceder.

—Su negativa puede traer muchos problemas y gastos. ¿Se da cuenta de lo que valdrán cientos de toneladas de plomo, tal como ha sugerido mi ayudante?

—Pagaré lo que sea necesario.

—¿Tan rico es usted? —inquirió el abogado Fergus que se ocupaba del tema económico y legalista.

—No obstante, existe la posibilidad de que el suelo ceda ante el peso enorme, casi fabuloso, que se va a colocar sobre esas reliquias históricas que usted dice querer conservar.

—Yo les daré un plano de cimentación. Debajo, enterrados, hay muros pétreos muy antiguos, muros levantados sobre roca.

—No obstante, tendremos que perforar unos pozos estrechos para averiguar qué tipo de tierra existe debajo. Con estas

perforaciones sabremos la presión y la resistencia.

—Creo que el joven Patrick tiene razón, esas perforaciones son imprescindibles y con los datos obtenidos podremos convencer al Ayuntamiento para que nos permita iniciar las obras.

Tras dudar unos instantes, el extraño personaje aceptó, concretando:

—Bien, pero esas perforaciones las llevarán a cabo en los puntos que yo les señale en los planos para que no se dañe nada de lo que hay en el subsuelo.

Maxwell, que a duras penas contenía su irritación, le objetó:

—No comprendo su interés en conservar unas ruinas históricas, muy antiguas, es cierto, pero debajo de una masa de hormigón armado que, como ha expuesto mi ayudante Lancaster, hará falta una bomba atómica para destruirla. ¿No se da cuenta de que si se lleva a cabo crearemos una plataforma indestructible del solar sobre el que se ya a edificar? Lo que haya debajo quedará oculto para siempre.

—Sí, me doy cuenta. Por ello, en determinados lugares, marcaré una especie de pozos con escalera que accederán al subsuelo.

—¿Quiere decir que a través de esos pozos o pasadizos pretende llegar a sus ruinas históricas? —preguntó Cooper.

—Así es. De momento, ustedes dejarán esos huecos con escaleras y terminarán en la propia tierra. Cuando el edificio esté construido, si hace al caso, unos obreros excavarán y profundizarán la galería.

—Oiga, si existen pasadizos secretos, galerías o salas, debemos conocerlas, pueden constituir un peligro para la construcción —le puntualizó Maxwell.

—No, no es una zona turística. Si la plataforma-base que ustedes construyan se reparte por toda la superficie del solar, el peso se equilibra por igual y no habrá peligro de que una pared o columna se apoye en lugar falso.

—Bien, míster Asael, además de este dibujo de proyecto deberá darnos los planos del solar con los puntos de perforación para que nuestro gabinete técnico estudie si es posible o no levantar este edificio.

—Es posible. Si no lo llevan a cabo ustedes lo harán otros.

Aquellas palabras sonaron como una amenaza en los oídos de míster Joshua Cooper que no deseaba perder un contrato que en

apariencia podía ser un suicidio, pero su olfato profesional intuía que podía ser un buen negocio.

—Estudiaremos este asunto, lo haremos con la máxima atención, lo que sí puedo asegurarle es que lo que usted nos pide no va a resultar barato.

—No discutiremos por el precio —sentenció Lease F. Asael que, tras observar a Joshua Cooper, clavó sus ojos en el joven arquitecto Patrick Lancaster. A Joshua Cooper, aquella mirada no le pasó desapercibida.

CAPÍTULO II

Audrey tenía un gesto preocupado, Patrick Lancaster se lo hizo observar.

—¿Qué es lo que te preocupa tanto?

—Nada —replicó ella evasiva, subiendo al coche.

Patrick Lancaster se puso al volante y se sumergió en la abigarrada circulación.

—Está bien, explota ya. ¿Qué te ha dicho tu padre? —inquirió sin mirarla.

—Deja a mi padre en paz.

—En esta ocasión no puedo dejarlo a un lado. No se trata de chiquilladas, soy el ayudante de tu padre en la constructora Cooper y paso muchas horas al día dependiendo de él.

—Ahora, no.

—¿Cómo que ahora no?

—Ah, con qué era eso.

—Patrick, mi padre está muy molesto, dice que le has quitado la obra, que le has hecho una jugada sucia que no esperaba de ti.

Al oír aquellas palabras, el joven pisó el freno y estacionó el coche en doble fila, como incapaz de seguir adelante… Se le podía ver irritado.

—Yo no le he quitado nada. Tu padre puso muchas objeciones al proyecto que un promotor ofrecía. Es difícil, lo admito, pero me pareció técnicamente posible y así lo expuse. ¿Pretendes que diga amén a todo lo que opine tu padre, aunque yo crea lo contrario?

—Es que no se trata de eso —replicó ella, confundida.

—Conque no es eso, ¿eh? Entonces, ¿por qué tu padre me ha tomado un odio repentino?

—Mi padre no te odia.

—Tu padre no ha digerido bien que míster Cooper confiara en mí. No soporta que yo sea el jefe de mi propio proyecto y que luego

pueda dirigir la edificación.

—Papá dice que eres demasiado joven para una obra de tanta envergadura y que puedes ocasionar problemas a la empresa.

—A tu padre le gusta opinar demasiado. ¿No serán celos?

—¿Celos? —Sí, celos profesionales. Después de todo, no le he dejado sin trabajo, hay otras obras en proyecto en la constructora Cooper.

—Pero son obras menores, apartamentos, no es una obra de tipo magnífico, que puede perdurar.

—Míster Cooper ha decidido confiar en mí, es su problema y el mío, no el de tu padre. ¿Es que para que tu padre estuviera satisfecho yo he de pasarme todo el tiempo, hasta la jubilación, como su ayudante?

—Está bien, no discutamos. Además, no es un asunto en el que deba inmiscuirme.

Un agente que vigilaba la circulación se les acercó para preguntar:

—¿Ocurre algo?

Patrick Lancaster le miró y respondió:

—No, sólo comprobaba si el indicador de temperatura funcionaba bien y veo que sí. Gracias, agente. —Puso el coche de nuevo en marcha y se alejó.

—¿Crees de verdad que podrás hacerlo? —le preguntó Audrey.

—No lo sé.

—¿No has dicho antes que, técnicamente, era posible?

—Técnicamente me parece que sí, pero hay algo, algo que no sé cómo explicar y que también cuenta.

—¿Y qué es ese algo? ¿O no vas a decírmelo porque temes que se lo cuente a mi padre?

—Estás hecha una niña, Audrey. Puedes decirle a tu padre lo que quieras. Lo que me parece es que hay algo inconcreto, algo no técnico ni científico, algo difícil de explicar pero que resulta maligno.

—¿Maligno? No entiendo.

—Yo tampoco. En este asunto hay cosas que no me gustan, pero mi recelo no se basa en hechos tangibles ni concretos.

—¿Una corazonada?

—Algo así.

—¿Se lo has dicho a míster Cooper?

—Las corazonadas no son válidas como consejos. Míster Cooper quiere el contrato y yo voy a estudiar la forma de que técnicamente sea factible; no obstante, no se comenzará la edificación hasta que se haya arrasado el caserón. Yo estoy trabajando en los planos, pero antes hay que hacer sondeos para comprobar la resistencia del suelo.

—Patrick, ¿de veras no has querido quitarle el puesto a mi padre?

—No, no pensé en ello, simplemente me pareció que el proyecto era realizable y así lo manifesté. Yo no podía suponer que míster Cooper pusiera este asunto en mis manos; como tú has dicho, soy joven aún.

—Comprende mi postura, Patrick.

—Te comprendo, y me gustaría que tu padre también me comprendiese a mí. Yo soy su colega, no quisiera pasar toda la vida como su ayudante. Para mí sería una situación muy triste.

—Admito que tienes razón. Oye, ¿por qué no me muestras esa especie de caserón que queréis demoler?

—Está oscureciendo.

—¿Y no puedes enseñármelo?

—Sí, ¿por qué no? Vamos. En vez de llevarte a un teatro, iremos al lugar de la disputa.

—¿Tienes la llave?

—Sí. Míster Cooper me la entregó para que fuera estudiando el lugar.

—¿Ha sido ya abandonado por quienes vivían en él?

—Por lo visto, allí no vive nadie desde hace tiempo.

—¿No os recibió el promotor?

—Sí, pero parece que sólo estaba para entrevistarse con nosotros. Dijo que se llevarían el mobiliario que queda y los libros y documentos, aunque me parece que si le prendiéramos fuego a todo, no se perdería nada.

Audrey no disimulaba su interés por visitar aquel lugar por el que su padre y Patrick se habían enemistado. Nada más llegar, el muro y su verja le parecieron inquietantes.

—¿Quién vive aquí?

—Vivía —puntualizó Patrick.

—Sí, claro, es sólo una expresión.

Patrick Lancaster tenía la llave y abrió la puerta. Dentro no parecía haber nadie.

—¿Habrá luz? —Inquirió la muchacha—. Oscurece muy aprisa.

—No, no hay luz.

—¿Cómo nos vamos a ver, entonces?

—Hay velas y lámparas de aceite o petróleo, no sé. Yo llevo mi encendedor, no habrá problema.

Cruzaron la puerta de hierro forjado. Llegaron al atrio y Patrick abrió la gruesa puerta de madera con la misma llave que servía para la del muro.

La oscuridad más tenebrosa les acogió, envuelta en un fuerte hedor a humedad.

—No me gusta esto —musitó la joven.

—A mí tampoco; si quieres, nos vamos —casi bromeó Patrick.

—No, no, prefiera ver algo de aquí. Después de todo, pronto desaparecerá.

—Cuando metamos aquí las máquinas de demolición, esto no durará ni un día, pero antes hay que asegurarse. Míster Cooper no quiere pillarse los dedos en este negocio.

Patrick encendió su mechero y buscó un candelabro con él.

—Debí coger una linterna.

—Allí parece haber uno. —Audrey señaló una especie de antiquísimo taquillón sobre el cual había un viejo candelabro.

Cuando las tres velas estuvieron encendidas, pudieron ver algo más.

Las llamas, que olían desagradablemente, estaban muy lejos de iluminar como una luz eléctrica aunque fuera de linterna.

—Qué lúgubre es todo —opinó Audrey.

—¿Crees que merece la pena seguir adelante?

—Mejor hubiera sido venir de día, pero así también tiene su encanto.

—Bien, sigamos un poco más.

Llegaron hasta el salón grande. La luz de las velas no conseguía abarcarlo todo y Patrick dijo:

—Tendríamos que encender más lámparas.

—Da lo mismo, sólo estaremos unos momentos. La verdad es que es un lugar ideal para sesiones de espiritismo e invocaciones a

muertos y diablos.

—Tonterías —replicó el hombre.

—Hay gente que no opina que eso sean tonterías.

—Yo no creo en los espíritus que vuelven, en los espectros ni en nada de eso.

—Muy bien, pero insisto que hay gente que sí cree y no se trata de *snobs*. Esas creencias son tan antiguas como el hombre mismo.

—Pues mira, antes de que lo arrasemos, puedes proponer aquí alguna de esas sesiones.

—¿Y a quién se lo propongo?

Patrick se encogió de hombros.

—No sé, tú verás, amigos, familia, no sé, a quienes crean en los espíritus.

—A lo mejor lo propongo; es repugnantemente encantador.

—Tu frase es toda una paradoja.

—Es que no se me ocurre otra.

—No, si no la critico, a mí también me parece repugnante; en lo de encantador ya disiento.

—¿Habrá habitaciones, mazmorras y todo eso que se estilaba en caserones como éste?

—Puede. A mí, por el momento, lo que más me interesa son los sótanos, si es que están accesibles. Hay que asegurarse con el suelo para que luego no se hunda el edificio y como la principal imposición del promotor es que no se ahonde más de tres pies, hay que tomar muchas precauciones.

—¿Te has fijado en que cortina más grande hay en esta pared?

—Sí, parece muy vieja. No me extrañaría que al tocarla se cayera a pedazos.

—¿Está aquí para cubrir toda la pared?

Patrick Lancaster se encogió de hombros una vez más.

—No lo sé.

Audrey, interesada, se acercó a uno de los lados. Buscó hasta hallar una cuerda.

—Parece corredera.

—Cuidado, no la toques, no se te vaya a caer encima.

La joven comenzó a estirar de la cuerda que daba vuelta por una polea sujeta a la pared en posición invertida. El espeso cortinaje se fue abriendo por su centro.

Patrick se acercó con el candelabro.

—Parece que aquí hay un lienzo gigante.

—Qué divertido. ¿Y qué sucederá con él?

—No lo sé. El propietario ha de sacar todo el mobiliario antes de que comience la demolición y aun así, primero vendrán los del equipo de recuperación. Las cosas antiguas tienen buena salida, están de moda, ventanas y puertas completas.

—Fíjate, Patrick, ese óleo es inquietante.

El gigantesco óleo representaba un entierro en noche de plenilunio en torno a una fosa abierta, una fosa de aspecto nada tranquilizador.

Había algo más de dos docenas de seres de rostros cadavéricos que semejaban aguardar el final del sepelio. Incluso, había allí un gran perro de pelaje pardo oscuro, lo que resultaba incongruente, pues jamás se dejaba entrar a un perro en un cementerio, máxime en los momentos del entierro, aunque resultaba imposible saber si lo que se representaba en el lienzo era un cementerio.

—¿Qué entierro representará esto?

—Lo ignoro, este óleo parece tener siglos.

—No se ve la firma —observó Audrey después de buscar con los ojos.

—Antiguamente, los cuadros también se firmaban al dorso; de todos modos, puede tratarse de una firma desconocida.

—No me gusta, es muy inquietante. No comprendo cómo semejante cuadro, representando un funeral y con esas figuras que parecen cadáveres, pueda presidir un salón.

—Quizás este caserón pertenecería a algún brujo o algo por el estilo. De todos modos, si buscabas un lugar ideal para una sesión de espiritismo, este salón, con este gigantesco lienzo, me parece el lugar idóneo.

Se escuchó un gran fragor y Audrey se estremeció; sintió verdadero frío. Fue una ráfaga que entró en su cuerpo como si careciera de piel que pudiese protegerla.

—¿Qué ha sido eso, Patrick?

—Un trueno.

—No daba la impresión de que pudiera haber tormenta.

—Hay nubarrones que se presentan de improviso.

Nuevos truenos hicieron retumbar el viejo caserón enclavado en

el centro de la city. La luz de los relámpagos penetró por las ventanas altas.

—Será mejor que nos vayamos.

—¡El perro! —gritó de pronto Audrey.

—¿Qué perro?

—El del cuadro…

—¿Qué pasa con él?

—¡No está!

—No entiendo —gruñó Patrick como si le estuvieran gastando una broma.

—¡Había un perro en el cuadro y ha desaparecido!

—¿Un perro, estás segura?

—Sí, segura.

—Puede haberse tratado de una ilusión óptica.

Audrey insistió, visiblemente nerviosa:

—Estoy segura de que había un perro que ahora no está.

—Un caserón como éste impresiona y más ahora, con tormenta.

—No me crees, ¿verdad?

—Será mejor que nos vayamos.

Se dirigieron hacia la puerta, dejando el lienzo al descubierto.

Al llegar al atrio ya estaban las velas apagadas y el candelabro lejos de sus manos. La lluvia caía torrencial frente a ellos en medio de relámpagos y truenos.

—Sólo llegar hasta el coche nos mojaremos.

—Qué remedio —admitió ella.

—Espérate un momento aquí —sugirió él—. Yo voy hasta el coche, lo abro y cuando esté listo, daré un claxonazo y vienes tú, así no perderás tiempo.

—De acuerdo.

Audrey, nerviosa por quedarse sola aunque más tranquila al tener tras de sí la gruesa puerta cerrada, aguardó. Más, en vez de un claxonazo, lo que oyó con escalofriante claridad fueron los ladridos de un perro que la sobresaltaron. Y no fueron sólo ladridos sino arañazos en la puerta.

Retrocedió hasta la escalinata y cuando se sintió cogida por la espalda, lanzó un grito.

—Tranquila, soy yo.

—¡Patrick!

—El coche no está.

—¿Cómo? —insistió, desconcertada.

—Que el coche no está, se lo habrá llevado la policía o los ladrones, pero no está.

—¡Patrick, Patrick, quiero irme de aquí, quiero irme, quiero irme!

—Tranquilízate —le pidió, abrazándola contra sí—. Cogeremos un taxi y llamaré a la policía, pero será mejor esperar a que la lluvia amaine.

—No, no, prefiero mojarme, prefiero mojarme.

Patrick comprendió que Audrey estaba tan asustada que era preferible llevársela.

Salieron corriendo a la calle en busca de un taxi mientras dentro del viejo caserón se oían los ladridos de un perro.

CAPÍTULO III

Patrick Lancaster acompañó a Joshua Cooper, propietario de la constructora, y al secretario y abogado Fergus, al bufete de la abogado Fireshe.

El despacho de la abogado era amplio, pero demasiado oscuro y recargado. Tenía muchas luces encendidas, protegidas con tulipas blancas.

A Patrick Lancaster aquella mujer le pareció tan elegante como hermosa, muy segura de sí misma, distante, cordial pero sin buscar una sonrisa.

Intentó deducir su edad y le resultó imposible. No era joven pero tampoco estaba pasada y tenía un atractivo que casi podía calificarse de hipnótico.

—Míster Cooper, puede usted revisar todos los documentos que me otorgan los poderes para actuar en nombre de míster Lease F. Asael.

Míster Cooper tomó los documentos entre sus manos, les dio un vistazo por hacer algo y, de inmediato, los pasó a Fergus, el cual previamente se había limpiado los cristales de las gafas.

—¿Por qué no ha venido míster Asael? —preguntó Cooper.

—Está de viaje, le ha sido materialmente imposible. No obstante, yo puedo hacerles el primer pago para que lleven a cabo las prospecciones e inicien los planos.

—¿Tiene usted los talones bancarios correspondientes? —preguntó Cooper, sin disimular que su interés se encarrilaba hacia el dinero.

—Estos documentos parecen en orden —manifestó Fergus; en voz baja aunque audible para todos.

La abogado Fireshe se levantó. Abrió la tapa-persiana de un buró de estilo inglés y señaló un maletín que se hallaba en su interior.

—Ahí está el primer pago, puede revisarlo.

—¿Dinero en efectivo? —preguntó Cooper, sorprendido.

—Compruébelo usted mismo —dijo ella, señalando el maletín de cuero negro, ancho de base, que recordaba los maletines utilizados por los antiguos médicos cuando se desplazaban a visitar a sus pacientes en sus propios domicilios.

Con una indicación, Cooper pidió a Fergus que fuera a buscar el maletín. El abogado obedeció y al pretender elevarlo con su mano, quedó sorprendido. Consiguió moverlo utilizando las dos manos. Su mirada se cruzó con la de míster Cooper.

—¿Qué pasa, Fergus?

—Pesa mucho.

Cooper observó a la abogado con actitud interrogante. Ella, con cierta frialdad, respondió:

—Es lógico, dentro está el dinero que exigen.

—¿Dinero?

—Pesa más que el plomo —se quejó Fergus.

La mujer puntualizó:

—El oro siempre ha pesado más que el plomo.

—¿Oro?

A la pregunta de Cooper, la abogado Fireshe replicó:

—El oro es aceptado como moneda por todos, es decir, por quienes pueden exigirlo.

—¿Son lingotes? —preguntó Patrick Lancaster.

La esbelta y elegante mujer que poseía un largo cabello azabache recogido en dos gruesas trenzas enroscadas a los lados que le daban un aire de regia personalidad antigua, abrió la tabaquera para sacar un larguísimo cigarrillo y encenderlo, todo ello como evitando responder.

Patrick Lancaster fue a por el maletín y con una fuerza física muy superior a la que poseía el abogado Fergus, lo trasladó a la mesa frente a míster Joshua Cooper. Éste miró a la abogado y preguntó:

—¿Puedo abrirlo?

Ella asintió con la cabeza. Míster Joshua Cooper abrió el maletín y sus ojos se llenaron con la visión de gruesas y pesadas monedas de oro.

—Parecen auténticas…

—Lo son.

—¿Y a qué precio las estiman?

—Míster Cooper —dijo ella—, mi cliente no le da las monedas por su valor numismático, simplemente se las entrega a peso de oro; es oro de veinticuatro quilates.

—Unos quilates que no son fáciles de encontrar y menos en la joyería internacional.

—Así es. Las monedas son de oro puro, puede llevarlas a analizar y si no le parecen buenas, venga a devolvérmelas y el contrato quedará anulado.

—No, no, claro, confío en ustedes. Si es oro puro y entregan las monedas simplemente a peso de oro según el valor al que se cotiza en la bolsa del oro en Londres, me parece una forma de pago excelente.

—Quiero puntualizarle que los siguientes pagos se harán en igual forma. Usted es libre de transformar estas monedas en lingotes o guardarlas en su caja fuerte.

—Bien, especifique en la orden de pago el peso exacto de las monedas de oro —le puntualizó míster Cooper que ante semejante cantidad de oro parecía muy satisfecho.

Patrick Lancaster fue quien llevó el maletín al coche de míster Joshua Cooper, el cual se apresuró a pedir:

—Vamos a ir a la Charlton Numismatic.

Después de conocer la dirección, Patrick condujo el automóvil a la numismática. Una vez allí dentro, míster Joshua Cooper abrió el maletín, tomó dos monedas y pidió:

—No os mováis de aquí.

Fergus y Patrick Lancaster aguardaron en el coche hasta que míster Cooper regresó con la cara más sonriente aún.

—¿Son buenas? —preguntó Fergus.

—Sí, he dejado una para que la analicen mejor, pero parece ser que son monedas del siglo quince de no sé qué lugar de Centroeuropa. Valen casi tanto por su valor numismático como por el oro que pesan.

—Entonces, ha hecho un buen negocio —opinó Patrick.

—Eso parece. —Se encaró con Patrick y mirándole fijamente, dijo—: Vas a llevarme esta obra con el mayor cuidado, es la obra de tu vida, mételo en la cabeza. Si triunfas aquí, ganarás fama para toda tu vida y te pagaré bien. No quiero fallos y si el cliente

promotor exige lo que tú consideras una idiotez, la tienes en cuenta.

—¿Y si va en contra de la estructura de la edificación o cualquier otra norma arquitectónica?

—Te las arreglas como puedas, pero solventa el problema. Si te ves incapaz, te sustituiré por otro arquitecto o por un equipo si es necesario. Lamentaría tener que hacerlo, pero lo haría sin dudarlo.

Patrick Lancaster comprendió; míster Joshua Cooper había quedado atrapado por aquel maletín repleto de valiosísimas monedas de oro. Todas las dudas respecto al pago del promotor habían quedado disueltas.

Aquella misma tarde, Patrick Lancaster acudió al depósito municipal de automóviles. Allí, tras presentar la oportuna documentación, le devolvieron el coche que le fuera robado y que había aparecido abandonado en un suburbio de la city.

A bordo de su coche, se dirigió a la casa de los Maxwell. La madre de Audrey pretextó jaqueca y se ausentó. El arquitecto-jefe de la constructora Cooper fumaba al lado de la chimenea encendida. Sonrió fríamente al que hasta entonces había sido su ayudante.

—¿Todo bien, Patrick?

Patrick asintió, añadiendo:

—Por ahora, sí.

Patrick sabía que hacer aquella simple pregunta al arquitecto Maxwell le había costado un esfuerzo.

—¿Es cierto que es tan hermosa la abogado que representa al promotor?

—Sí, de veras lo es.

—¿Quién es hermosa? —preguntó Audrey, entrando en aquel momento en la sala, vestida ya para salir.

—La abogado y apoderado del promotor de la obra que han puesto en manos de Patrick.

—Ah. ¿Tan interesante es?

—No ha dicho interesante —puntualizó el padre—, sino hermosa.

—Yo creo que es ambas cosas —confesó Patrick con sinceridad.

Ya picada, Audrey inquirió:

—¿Y qué más tiene esa mujer?

—Mucha personalidad.

—Hum, parece que es muy completa.

—Supongo que sí, míster Asael confía en ella plenamente. Y ahora, ¿nos vamos?

Ya en la calle, Audrey parecía hacer un esfuerzo para mostrarse simpática, pero estaba más bien molesta, hiriente.

—Parece que los cacos han decidido devolverte el coche.

—Menos mal, me horroriza tener que tratar con las compañías de seguros de automóviles. Por muy bien que te vaya, siempre sales mal parado. Anda, sube.

—¿Cuántas veces has visto a esa mujer?

—¿Te refieres a la abogado Fireshe?

—Sí, supongo que ése es su nombre.

—Pues, una. ¿Qué te parece si dejamos de hablar de ella? Si le haces el juego a tu padre, estás perdida.

—¿Qué quieres decir, Patrick, que mi padre pretende que tú y yo nos enfademos?

—¿Por qué no?

—Creo que será mejor que me vuelva a mi casa, estás algo nervioso.

—¿Yo nervioso? Vamos, querida…

Audrey aceptó de mala gana la situación. Fueron al *pub* donde coincidieron con otros amigos. Dos de las chicas parecían muy interesadas en preguntar a Audrey:

—¿Es cierto que ese caserón del que has hablado es tan interesante?

—Es terrorífico.

—Pues hemos de hacer una reunión allí dentro —propuso otra.

—Yo, de acuerdo, si antes dejamos el caserón si electricidad —sugirió uno de los muchachos.

—Por eso no hay problema —repuso Audrey—, no tiene electricidad.

—Magnífico, nos comeremos las velas —se rió el otro joven.

Margaret, una de las amigas de Audrey que se mostraba especialmente interesada en la reunión, dijo:

—Yo conozco a un brujo.

—¿Qué te parece, Patrick?

—Que no estoy autorizado a celebrar ninguna reunión de brujas allí dentro, querida.

—Después de todo, el caserón va a ser derruido en su totalidad, ¿no?

A la pregunta de Audrey, Patrick, que también se hallaba algo molesto por la actitud de la muchacha, asintió.

—Vamos, Patrick, tenemos que hacer esa sesión. Traeré a un brujo de veras —prometió Margaret.

Patrick miró a Audrey y le recordó:

—Pasaste miedo.

—¿Por qué no le damos gusto a las chicas, Patrick? Después de todo, tratándose de un lugar a desaparecer, ¿quién se puede molestar? Será una reunión tan divertida como original.

—Nadie se puede molestar —objetó Audrey—, sólo que a Patrick, últimamente, le ha dado por llevar la contraria a todos.

—¿Y el perro, Audrey? —preguntó Patrick.

—¿Qué perro?

—El que dijiste que había huido.

—Ya te he dicho que me encontraba algo nerviosa, pero si estamos todos juntos no sucederá nada.

—Está bien, de acuerdo, por mí que no sea. Haremos esa reunión, pero habrá de ser pronto.

Patrick Lancaster no comprendía el repentino cambio de actitud por parte de Audrey, tuvo que pensar que se hallaba m nerviosa por lo ocurrido con su padre.

Llevar a cabo una pequeña ceremonia en el caserón que iba a ser derruido hasta su desaparición física no tenía mayor trascendencia. Patrick intuía que en todo aquel asunto había algo maligno, pero no lo asimilaba con el propio caserón, sino con la actitud del promotor.

CAPÍTULO IV

El timbrazo del teléfono le arranco de su sueño. Malhumorado, alargó la mano y descolgó el auricular.

—Si se ha equivocado, me acuerdo de su padre —gruñó con su voz somnolienta.

—¿Patrick?

—Sí, ¿quién llama? —respondió a la voz femenina que preguntaba.

—Diana.

—¿Diana qué?

—Diana Fireshe, la abogado.

—Ah, sí, sí, estaba durmiendo, disculpe.

—Se nota.

—¿Qué sucede?

—Tengo que decirte algo —Escucho.

—No, por teléfono, no.

—¿Es importante?

—Sí.

—¿Nos vemos mañana a primera hora?

—Mejor ahora.

Patrick Lancaster recordó las palabras de míster Cooper exigiendo que no pusiera problemas al promotor ni a su apoderado la abogado Fireshe.

—De acuerdo. ¿Dónde nos vemos?

—En el caserón. Estaré esperando en la puerta.

—Cuidado, es peligroso ir sola de madrugada por la city. —No tengo miedo.

—Está bien, estaré ahí en algo más de media hora.

Patrick Lancaster se dio un duchazo buscando la fuerza penetrante del agua fría para despejarse. Se vistió, fue en busca de su automóvil y acudió a la cita.

Efectivamente, Diana estaba en la puerta, pero no de la calle sino del atrio.

—Bien, ya estoy aquí —dijo Patrick.

Ella se adelantó, besándole amistosamente en las mejillas. El hombre notó aquellos besos y la penetrante mirada de la mujer que aún era una desconocida para él.

—Anda, pasa conmigo —le invitó, cogiéndole de la mano.

Patrick tuvo la sensación de que algo se transmitía de la mano de aquella mujer a la suya, algo que no era desagradable sino estimulante.

Recordó a Audrey y pensó que si se enteraba de lo que él sentía en aquellos instantes, se iba a molestar.

Dentro había velas encendidas.

Se detuvieron en el salón. Patrick tuvo la impresión de que además del fuerte hedor a humedad y descomposición, había algo más, un olor a incienso que se quemaba o algo parecido.

—Todo lo que hay en este caserón es ya desechable.

—¿Todo? —preguntó Patrick que seguía cogido en la mano por aquella mujer que le fascinaba.

—Todo menos el lienzo, el cuadro que está ahí delante.

—Ah, sí. Ese cuadro es un poco inquietante, ¿no cree?

—Por favor, tutéame.

—Como quieras.

—El cuadro deberá seguir aquí.

—¿En la nueva construcción?

—Sí.

—No hay problema, lo embalaremos con cuidado, hay especialistas en ello.

—No.

—¿No?

—No, no debe salir de donde está.

—¿Por qué? Aquí corre peligro de dañarse.

—Tú levantarás delante una gran puerta que lo protegerá.

—¿Pegada al cuadro?

—Sí, con que esté separada un par de palmos del cuadro será suficiente y la pared posterior deberás reforzarla de forma que cuando derruyas el resto, el muro que sostiene el cuadro no deberá caer.

—¿Quieres decir que cuando todo esté derruido y tengamos el solar limpio, la pared que sostiene el cuadro deberá continuar en pie como si fuera una pantalla?

—Sí, pero con una sólida puerta que lo proteja y un pequeño tejadillo que evite que la lluvia lo dañe.

—¿No sería más fácil arrancarlo de la pared, depositarlo en un gran panel de madera y aluminio y sacarlo de aquí? Correría menos riesgos.

—No, no debe moverse de donde está.

—¿Puedo conocer el motivo?

—Es una exigencia de míster Lease F. Asael.

—Bueno, si es así, llevaremos a cabo la petición. ¿La puerta ha de ser de una forma especial?

—Ya está encargada. Sólo tendréis que traerla aquí y montarla antes de iniciar la demolición.

—¿Dónde está encargada?

—A un carpintero, ya te daré su dirección.

—El cuadro es muy grande, la puerta no va a caber por la entrada.

—Haz un hueco en la pared y pasará.

—De acuerdo. No creo que haya problema, ya haré venir a unos albañiles para que la monten.

—Creo que para ti no será nada difícil proteger un cuadro como ése.

—No, no será difícil. El presupuesto subirá un poco más eso es todo. En cuanto al óleo, ¿qué significa?

—La inmortalidad.

—¿La inmortalidad? No lo entiendo.

—La fosa es la muerte.

—Sigo sin entender.

—Ellos están fuera.

—¿Y quiénes son ellos?

—Los supuestos muertos.

—¿Tienen que ver algo los seres reflejados en la pintura con la historia de este caserón?

—Sí.

—¿Fueron sus moradores?

—Más o menos.

—Ahora que me fijo más, me doy cuenta de que todas las vestimentas no son iguales.

—Corresponden a distintas épocas.

—¿Y qué tiene que ver el subsuelo con estos seres?

—Mucho —respondió Diana que se había quedado un par dé pasos más atrás, pues Patrick se había adelantado para ver mejor el óleo.

—Para mí sería muy importante poder dar una ojeada al subsuelo, a los sótanos, a lo que pueda haber bajo nuestros pies.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Es la voluntad de Lease F. Asael.

—¿Qué es lo que trata de esconder en realidad, unas tumbas?

—Puede.

—Si sólo fueran tumbas, no habría problema.

—¿De verdad quieres ver lo que hay abajo?

—Sí.

—Entonces, dame las manos —le exigió con suavidad.

Patrick Lancaster tendió sus manos sobre las palmas de ella y notó una extraña suavidad. Sus pupilas se encontraron con la mirada femenina, unos ojos tan oscuros que semejaban insondables.

No se había fijado antes en aquellos ojos que lo succionaban devorando su espíritu. Por un instante, tuvo miedo y rehuyó la mirada de Diana.

—No apartes tus ojos de los míos, mírame, mírame. Te sientes bien y deseas que yo te conduzca a las tinieblas de los subterráneos.

—Sí —asintió Patrick, notando que su mente se algodonaba, que su resistencia cedía. La enigmática mujer que le había citado de madrugada en el lóbrego caserón, le absorbía.

—Eres mi esclavo, Patrick, mi esclavo. ¿No es cierto?

El hombre, que había cedido más que a la sugestión a la maligna hipnosis a que le sometía Diana Fireshe, asintió.

—Sí.

—Suelta mis manos y pon las tuyas en mi cintura.

Patrick obedeció.

—Yo te impongo el yugo de mis brazos y me obedecerás, te halles donde te halles —le fue diciendo mientras le rodeaba el cuello con sus brazos como una amante ansiosa de satisfacer sus

deseos pero sin apartar sus ojos de los de él—. Pon tus labios sobre los míos…

Patrick obedeció y al producirse el beso, tuvo la sensación de hundir su boca en una hoguera. Era fuego, fuego lo que besaba; sin embargo, no retrocedía sus propios labios que se abrasaban. En aquellos instantes se hubiera dejado quemar vivo sin quejarse.

Sin saber cómo, se vio cruzando por una puerta sobre la cual había una especie de escudo heráldico tallado en madera oscura. Aquel escudo más parecía una máscara, pues había dos ojos y entre ambos un ondulante reptil que se encaramaba.

Descendió peldaños y más peldaños de piedra mohosa, sintió frío en su cuerpo y luego calor. Llegó a una amplia sala en la que se abrían varias galerías, algunas de ellas cerradas con rejas.

Diana le guiaba cogiéndole de una mano mientras en la otra sostenía un candelabro de velas rojas.

Llegaron a una amplia sala sostenida por antiguas columnas de piedra. Allí había ataúdes de distintas formas y tamaños. El hedor era insoportable, pero a Patrick Lancaster no le afectaba; hubiera caminado sobre las mismísimas brasas si se lo exigieran o se habría sumergido en la ciénaga más pútrida sin protestar.

—¿Están todos aquí?

—No están todos, nunca estarán todos. Hay ataúdes llenos y otros vacíos aún.

De pronto, se escucharon unos ladridos y un perro se les acercó mostrando sus colmillos que semejaban enrojecidos de sangre.

—Hola, «Anubis».

El perro gruñó, pero inclinó su cabeza ante la mujer sin perder de vista a Patrick, al cual iban dirigidos sus gruñidos.

—Vigila, vigila, es tu deber. Tú eres uno de ellos.

El perro se acercó a uno de los ataúdes, cogió un asa de la tapa con los dientes y lo abrió sin dificultad, como si estuviera amaestrado para realizar aquel trabajo.

Patrick Lancaster pudo ver que estaba vacío…

—¿Es para mí? —preguntó.

Diana Fireshe respondió despacio, muy despacio.

—Parao ti todavía no, querido, todavía no. Ahora, regresemos, no es bueno que te encuentres con ellos.

—¿Con quiénes?

—No hagas preguntas, querido, no hagas preguntas y obedece.

Se dejó llevar por aquel laberinto de galerías subterráneas hasta el salón donde se levantaba el gran cuadro. Patrick lo miró y observó que el perro no estaba en él.

En su estado de carencia de voluntad mental, el hombre se dejó llevar con la impresión de que los seres reflejados en el gran cuadro estaban Vivos, se movían.

Diana le llevó a una habitación donde había una gran cama con dosel y le obligó a tenderse en ella.

Patrick dejó que la mujer le besara; no podía evitar que la hermosa y absorbente Diana despertara sus pasiones sensuales.

El teléfono sonó estridente y demoledor dentro de su cráneo.

Patrick Lancaster despertó bruscamente. Estaba completamente sudado y se sentía sumido en una profunda fatiga de la que parecía imposible sobreponerse, pero el teléfono seguía cañoneando su cerebro hasta que, alargando una mano, consiguió descolgar el auricular.

—¿Sí?

—Patrick, ¿qué te ocurre?

Reconoció de inmediato la voz de míster Cooper.

—No sé, me siento algo mal…

—¿Quieres que te envíe mi médico particular?

—No, no creo que haga falta.

—Debías estar ya en el departamento de planos. Quiero que esto funcione, ¿lo entiendes?

—Sí, claro. —Mientras hablaba, Patrick miró su reloj y comprobó que eran las diez de la mañana, se asustó.

—Óyeme, Patrick —exigió míster Joshua Cooper—, hay que salvar un cuadro que está en el salón, parece ser que lo quieren entero y que no se mueva del lugar. Los caprichos de ese hombre son órdenes para nosotros, ya subiremos un poco la factura. ¿De acuerdo?

—Sí, míster Cooper, sí.

Cuando colgó el teléfono trató de recordar lo que le había sucedido y sólo consiguió que su jaqueca aumentara.

CAPÍTULO V

Audrey tomó la gruesa llave en su mano. Mirando a Patrick, le preguntó:

—¿Por qué no quieres venir?

—No me atrae en absoluto la idea de divertirme en una ceremonia estúpida y falsa, una ceremonia de tipos que buscan emociones porque se aburren de no hacer nada.

—¿Me estás llamando idiota?

—No, no es eso. Si queréis divertiros un poco, por mí que no quede, pero yo tengo mucha tarea que llevar a cabo. Me han entregado un dibujo de cómo quieren que sea el edificio y ese dibujo ha de traducirse.

—Está bien, como quieras, pero yo sí pienso divertirme. Si a ti ahora sólo te importa esa obra, es asunto tuyo.

Audrey hizo ademán de alejarse y Patrick la retuvo cogiéndola por el brazo.

—Estamos pasando un momento difícil, Audrey, pero estoy seguro de que lo superaremos. Es esta obra que parece haberse interpuesto entre ambos.

—Tú prefieres el éxito personal.

—Si no consiguiera realizarme en mi profesión, tú serias la primera en despreciarme y también lo haría tu padre.

—Déjame. —Retrocedió un paso, apartándose de las manos de él y con una sonrisa de desafío, le dijo—: Ya te contaré lo que nos hemos divertido. Por cierto, Jacky me ha dicho que si estás muy ocupado, él puede acompañarme adónde yo quiera. Ya sabes cómo es, dice que hasta el mismísimo infierno iría conmigo si yo se lo pido. El pobre siempre ha estado enamorado de mí.

—Pues, no es problema.

—Ah, no, ¿por qué?

—Cuando una mujer como tú trata de «pobre» a un hombre, éste

no tiene ninguna posibilidad de acostarse con ella.

—Te crees muy listo, ¿verdad?

—Me basta con ser normal. Tú eres libre de hacer lo que prefieras, pero no vas a conseguir que ceda con la obra.

Audrey parecía ponerse cada vez más molesta porque Patrick no cedía. En el fondo estaba dispuesta a llevar a cabo una pequeña venganza y parte de esa venganza era la reunión de pseudobrujería que pensaban realizar en el caserón que iba a ser derruido.

Se encontró con el grupo de amigos en el *pub* al que solían acudir.

Al ver que no iba acompañada de Patrick, Jacky se mostró más que solícito.

—¿Cómo va la Caperucita sola, puedo llevarla al bosque? No soy más que un lobito medio feroz.

—¿Y el brujo? —preguntó Audrey.

Margaret respondió:

—Lo hemos citado en el propio caserón.

Jennifer, sonriendo pero con mordiente, observó:

—Audrey, tienes mucha suerte, siempre acaparas a los chicos. Jacky está que no te quita las manos de encima.

—Somos amigos —dijo Jacky con una mano en la cintura de Audrey y una copa en la otra.

Audrey, instintivamente, deseó rechazar el contacto de Jacky, más estaba segura de que Jennifer le contaría a Patrick lo que había visto y aguantó. Sería una forma de hacer rabiar *a Patrick y obligarle a prestarle mayor atención.

—Bueno, vamos —pidió Audrey—, ya es de noche.

—¿No será mejor que lo que sea lo hagamos a las doce? —Preguntó Elisabeth—. Es la hora de los fantasmas.

—Tú has leído muchas historietas de fantasmas en castillos —se rió Jacky que no se despegaba de Audrey.

A bordo de varios automóviles se dirigieron al caserón y se estacionaron frente al muro que lo circundaba. La calle estaba vacía y el cielo que antes se veía estrellado ahora parecía cubrirse con una neblina lechosa que no presagiaba lluvia pero sí una intensa humedad que propagaba el frío.

De un cochecito estacionado relativamente cerca se apeó un hombre de estatura mediana y entrado en carnes que trataba de

disimular su obesidad vistiendo de oscuro.

A Audrey le dio la impresión de que la larga melena que llevaba era postiza, una peluca completa. Carraspeó mientras se les acercaba despacio. De sus hombros pendía una larga capa ochocentista.

—Buenas noches a todos y que la diosa Selene nos proteja.

—Aquí está míster Raymond —exclamó Elisabeth alegremente.

—Audrey, abre la puerta del castillo —le pidió Jacky con fingida solemnidad.

Resultaba difícil tener miedo ante el oscuro caserón yendo un grupo de siete jóvenes aparte del supuesto brujo y unas copas en los estómagos de la mayoría de ellos.

Cuando Audrey abrió la puerta, Elisabeth pidió:

—Que sea míster Raymond el primero en entrar y que conjure los malos espíritus.

—No, por favor —pidió con una voz con la que parecía estar por encima de los demás—. No hay que alejar a los espíritus, ni malos ni buenos. Si los alejamos ahora, no podremos invocarlos después.

—¿Cómo nos veremos? —preguntó Jennie.

—Dentro hay velas. ¿Verdad, Audrey?

—Sí, sí, hay velas —asintió la interpelada a la pregunta de Margaret.

Abrió la puerta y el desagradable olor a humedad mohosa se dejó notar.

—Esto tiene aspecto de ser muy antiguo —opinó el supuesto brujo míster Raymond poniéndose a la cabeza del grupo.

—Tiene siglos, ¿verdad, Audrey? —volvió a preguntar Elisabeth.

—Sí, tiene siglos. —Se volvió para pedirle a Jacky—: No seas tan efusivo.

—Mujer, no es para tanto. Sólo te había puesto la mano en…

—Basta, Jacky, parece como si hubieras bebido.

Entraron en el caserón. El supuesto brujo míster Raymond iba equipado con una pequeña pero potente linterna con la que rasgó las tinieblas.

—Ahí hay un candelabro. Encendámoslo y también todas las lámparas que encontremos. Es magnífico que aquí no haya electricidad.

—¿Porque así es más tétrico? —inquirió Jennie.

—Es como si la electricidad asustara a los espíritus —opinó.

Todos reían nerviosamente. Donald, que hasta aquel momento había permanecido en silencio, dijo:

—Aquí huele muy mal, a cadáver putrefacto.

—No empieces, Donald —pidió Jennie, mirando en derredor un poco recelosa.

Jacky, haciendo su voz más cavernosa y en tono alto, pidió:

—No piséis las serpientes. En cada una de ellas está encarnado un ángel infernal, un servidor de Satán.

—No dejas de tener razón, muchacho —dijo míster Raymond que luego añadió—: Esta gran sala es magnífica. Ahora sería bueno encontrar una mesa apropiada y sillas.

—Aquí tengo otro candelabro encendido —dijo Elisabeth.

Herbert opinó:

—Creo que todo esto es una tontería.

—Joven, deberá opinar usted si es una tontería o no dentro de un rato —le reprochó míster Raymond—. Cuando hayamos invocado a los espíritus que seguro habitan en este viejo caserón.

Audrey se acordó del gran óleo que se hallaba al otro lado del espeso cortinaje. Como le producía desasosiego, prefirió no decir nada.

No les fue difícil encontrar una mesa de madera hinchada por la humedad y también sillas suficientes. Todo ello era de madera, tan negra y pesada como si fueran de hierro pintadas.

—¿Ponemos los candelabros sobre la mesa? —preguntó Elisabeth.

—No, no, encima de la mesa, no —sentenció míster Raymond.

—Si los ponemos, encima de esa especie dé bufete estarán muy lejos para iluminarnos bien —dijo Margaret.

Míster Raymond, al que la situación comenzaba a gustarle, les dijo:

—No, demasiada luz no es conveniente, dejemos los candelabros ahí. Veremos suficiente, es una noche tranquila, aunque aquí dentro parece hacer más frío que en la calle.

—Hay chimenea —señaló Herbert.

Jacky replicó:

—Pero no hay madera.

—En la biblioteca hay libros viejos —sugirió Audrey.

Jennie se asustó.

—No pensaréis quemarlos.

—No, no he dicho tal cosa —se excusó Audrey rápidamente pero pueden haber otras cosas viejas que se pueden quemar.

—No, no será necesario —atajó míster Raymond—. Dentro de poco ya no sentirán frío. Nos vamos a sentar en torno a la mesa, un varón y una hembra, un varón y una hembra… Será mucho mejor para la energía que ha de pasar, entre la cadena de manos.

—Herbert, ¿tú qué eres, un varón o una hembra?

A la jocosa pregunta de Jacky que quería hacerse el gracioso, el interpelado replicó:

—La hembra es tu padre.

—Por favor, por favor —apaciguó míster Raymond.

Los candelabros de las velas rojas se hallaban a suficiente distancia como para crear un ambiente fantasmagórico. Las llamitas producían sombras espectrales y cambiantes que hacían que los jóvenes se apiñaran más en torno a la mesa, casi pegados a ella.

—Coloquen las manos planas sobre la mesa. Las mujeres pongan sus palmas sobre el dorso de las manos masculinas.

Se estableció la cadena de manos unidas. Jennie preguntó:

—¿De verdad pasará energía entre nuestras manos?

—Por favor, concéntrense, es fundamental. Así la energía de todos se unirá y la invocación será más perfecta. —Hizo una pausa y luego preguntó—: ¿Alguno de ustedes desea invocar a algún espíritu en particular?

—A Shakespeare —pidió Herbert.

—Yo prefiero al estrangulador de Boston —dijo Jennie.

—¿Y por qué no a Rasputín? —inquirió Donald.

—Veamos, veamos, tómenlo con tranquilidad, que venga el que pueda. Concéntrense y a partir de ahora no hablen, dejen que lo haga yo.

—A ver si esto funciona —dijo Jacky—. Después de todo, es seguro que aquí no hay truco ni montaje.

—Espíritus del más allá —comenzó míster Raymond su invocación procurando que su voz sonara lo más profunda posible —. Seres del otro lado de la muerte, los que vivís en la inmortalidad… Nosotros los mortales os invocamos. Acercaos a esta mansión, acercaos a esta mesa. Que la luna y las estrellas os guíen,

que nuestra buena voluntad marque vuestra senda, que el camino sea fácil. Los que aquí estamos deseamos vuestra comunicación.

—¿Por qué no invoca al diablo? —inquirió Jacky que en todo momento quería hacerse el gracioso.

—¿No oís, no oís? —preguntó Audrey.

Todos enmudecieron porque se oía como un ulular que llegaba desde lo alto. Era un sonido que parecía tener consistencia sólida y que descendía en espiral hacia ellos.

—¿Qué es esto? —preguntó Jennie, asustada.

El ulular, que parecía producido por el viento al pasar por entre unas tuberías de hormigón, se hizo tan intenso que resultó ensordecedor.

Jennie apartó sus manos de Herbert y Donald se tapó los oídos, incapaz de soportar aquel siniestro sonido. Jennie abrió la boca y gritó, gritó como poseída por un furioso ataque de locura.

Su voz desgarrada se diluía en aquel ulular que resultaba insoportable para un oído humano. Los demás también gritaron en más o menos grado. Todos menos míster Raymond que se agitó aturdido como si estuviera recibiendo continuos mazazos sobre la frente.

Todos tenían la impresión de que aquello que descendía sobre ellos en espiral les succionaba como queriéndoles levantar de las sillas.

La propia mesa se levantaba sola, se movía de tal forma que de no ser porque algunas manos estaban sobre ella, se habría ido volando. Era una auténtica locura lo que estaban viviendo. Cuando parecía que incluso el edificio iba a derrumbarse sobre ellos, cuando ya sus gargantas se rompían de tanto gritar desesperadamente, todo se apaciguó y se volcaron sobre la mesa como exhaustos después de un esfuerzo que había consumido todas sus fuerzas. Estaban como si acabaran de ser apaleados.

Fue Audrey la primera en levantar la cabeza. Al comprobar que estaban rodeados de seres, se asustó más aún. Notó algo duro en su garganta, temblor en las rodillas.

Poco a poco, todos fueron levantando sus respectivas cabezas.

Al ver aquellos rostros cadavéricos, Jennifer volvió a gritar, su grito fue un agudo y penetrante alarido.

—¡Por favor, no se muevan, no se muevan! —suplicó míster

Raymond.

Audrey miraba atónita aquellos rostros cadavéricos, rostros que repugnaban, pero no eran seres imaginarios, estaban allí.

Jennifer no pudo soportarlo y saltó de la silla echando a correr abriéndose paso entre aquellos seres que parecían mudos pero que les miraban desde las horrorosas cuencas vacías de sus ojos.

—¡Jennifer! —gritó Audrey.

Jennifer desapareció y se escucharon los ladridos de un perro.

—Pero ¿qué diablos es esto? —rugió Donald castañeteándole los dientes, incapaz de despegarse de su silla.

Míster Raymond se sentía torpe, abrumado y desconcertado. Jamás en su vida de supuesto brujo le había sucedido nada igual. Hizo acopio de fuerzas y preguntó:

—¿Sois espíritus que habitáis en esta mansión?

—Sííí… —respondieron al unísono, con una voz alargada y cavernosa.

—¿Qué es lo que queréis? —preguntó míster Raymond.

—Vuestras vidas —respondieron.

Margaret, histérica, chilló:

—¡Sáquenos de aquí!

—Calma, calma, no nos pueden hacer nada, nada —les apaciguó míster Raymond, muy poco convencido de lo que decía.

—¡Jennifer, Jennifer! —insistió Audrey al observar que la muchacha no regresaba.

Herbert, temblando, preguntó:

—¿Qué es esto?

En aquel momento se produjo un fragor que comenzó lejano pero que se fue haciendo más y más fuerte, dándoles la impresión de hallarse en el centro de un seísmo.

Audrey chilló y todos chillaron. El pavor se reflejó en sus rostros descompuestos, pero nadie se despegó de sus sillas y como si un vendaval hubiera penetrado por las ventanas altas, sintieron el azote del viento que apagó las llamas de las velas. Después vino la cama y un silencio total en medio de la absoluta oscuridad.

—¿Estáis, estáis ahí? —interrogó Margaret, temblando.

—Sí, sí, estoy ahí —respondió Audrey.

—¿Estáis todos? —preguntó míster Raymond con un nudo en la garganta, asustado como jamás lo había estado antes.

—¡Yo, yo sí estoy! —exclamó una voz masculina.
—¿Y quién eres tú? —preguntó Jacky; su voz sí se reconoció.
—Herbert.
—Pues pareces una chica gimoteando.
Una luz se encendió y míster Raymond habló de inmediato, proponiéndoles:
—Les sugiero que salgamos en seguida de esta casa. Ya volveremos en otro momento, pero tengo la impresión de que estamos corriendo un grave peligro.
Se notaron los movimientos de las sillas y todos fueron detrás de la linterna de míster Raymond. No tenían deseos de hablar ni de contarse entre ellos.
Salieron al atrio y aspiraron con fuerza el aire limpio de la noche, una noche estrellada y serena pero sin luna.
—Hay que admitir que el caserón está embrujado —suspiró el supuesto brujo míster Raymond.
—¿Y quiénes eran los que nos rodeaban? —quiso saber Margaret, todavía temblorosa.
—Espíritus, espíritus de más allá de la muerte —respondió míster Raymond.
—Yo no me lo creo —fanfarroneó Jacky, fuera ya del atrio.
Audrey dijo:
—Falta Jennifer.
—Es verdad —admitió Jacky—. Jennifer no está.
—Estaba dentro, se levantó de la silla y huyó —explicó Audrey muy nerviosa.
Míster Raymond dijo entonces:
—Yo tengo prisa, me esperan en casa, me esperan. Buenas noches.
Y se alejó con paso rápido.
—Yo no entro ahí —dijo Margaret.
Audrey preguntó:
—¿Quién me acompaña?
—Anda, vámonos, vámonos todos. Si ella está dentro, saldrá, deja la puerta abierta —propuso Donald.
Nerviosa, Audrey dejó la puerta abierta y se alejaron todos ellos con la sensación de que cometían algo inadecuado.
Audrey se tomaría varias pastillas para dormir aquella noche y

sólo haría que sumirse en un mundo de horribles pesadillas.

CAPÍTULO VI

Patrick Lancaster quedó sorprendido al acudir a la puerta y encontrarse a Audrey frente a sus ojos.

—¿Qué te ocurre? Tienes muy mala cara.

—Patrick, Patrick, has de hacer algo…

—¿Algo? Anda, pasa y me lo contarás.

Le preparó un *screwdriver*, sabía que le gustaba a Audrey. Ella agradeció la naranjada con vodka y luego, mirándole a los ojos ramo dispuesta a recibir una reprimenda, le confesó:

—Fuimos a la ceremonia de espiritismo.

—Lo supuse.

—Ocurrieron rasas muy desagradables.

—¿Como qué? —preguntó él, un tanto frío.

—Apariciones extrañas, ruidos, fue horrible. Jamás en mi vida he pasado tanto miedo, el caserón está embrujado.

Patrick Lancaster se rió levemente antes de preguntar:

—No creerás esas tonterías, ¿verdad?

—Sé que eres muy escéptico, pero es cierto, todos lo vivimos y te lo puede contar cualquiera de los que estuvimos allí.

—¿Os llevasteis al brujo?

—Sí.

—Él pudo sugestionaros.

—No, no fue sugestión. Ese brujo tenía muy poca personalidad y resultó tan cobardón como todos.

—¿Un brujo sin personalidad? —ironizó.

—No te rías, Patrick, por favor, no te rías. He pasado una noche horrible, con pesadillas.

—Es el precio que has de pagar por jugar a tener miedo.

—Es que ocurrió algo peor.

—¿Qué fue? ¿Por qué no lo cuentas ya?

—Jennifer.

—¿Qué le pasó?
—Desapareció.
—¿Dónde?
—En el caserón.
—¿Estabais a oscuras?
—Hubo momentos en que sí, completamente.
—Ella pudo marcharse entonces.
—No, no lo creo. Abandonó su silla como enloquecida antes de que se apagaran las luces y después no la volvimos a ver. Esta mañana he llamado a su casa y no está. Su compañera de apartamento dice que ella no ha vuelto.
—¿Es normal?
—Bueno, dice que algunas noches las pasa fuera, pero…
—Quizá os preparó una broma.
—No lo creo, estábamos todos asustados, ella más que ninguno.
—¿Y qué quieres que haga, que avise a la policía y luego resulte que se trata de una broma preparada por Jacky o por la propia Jennifer?
—No, no creo que se trate de una broma.
—¿Y qué has venido a pedirme?
Audrey le alargó la pesada llave.
—¿Vamos juntos a ver qué hay allí?
—Está bien, pero ya verás que cuando vuelvas a encontrar a la pandilla se reirán de ti.
—Ojalá fuera así.
Patrick Lancaster la llevó al caserón. De día, la circulación frente al muro era más bien densa, no parecía posible que aquel lugar se transformara tanto durante la noche.
Entraron y al llegar al atrio, Patrick Lancaster observó:
—La puerta está abierta.
—Yo la dejé abierta por si Jennifer se había quedado dentro.
—Eso quiere decir que si se quedó escondida dentro, pudo escapar luego o esta mañana.
Penetraron en el caserón, la luz se filtraba por las ventanas altas. Allí, en el centro, estaba la mesa y las sillas, dos de ellas volcadas.
Aún se notaba el extraño olor que despedían aquellas velas rojas al consumirse, un olor a moho fuerte.
—Se nota que estuvisteis aquí.

—Podemos buscar a Jennifer.

—¿Por dónde?

—No sé, habrá otras estancias en la casa.

—De acuerdo, pero no estará, se habrá ido. Tienes un sentimiento de culpabilidad por haberla abandonado aquí, pero ella se habrá ido.

Buscaron por estancias vacías y malolientes donde ni las arañas parecían querer habitar, en la biblioteca, con sus libros ajados y húmedos la mayoría.

—Tendré que traer a un librero experto en libros antiguos para ver qué es salvable de todo esto.

—¿Habrá sótanos? —preguntó ella.

—Los he buscado sin encontrar ninguna entrada. Sabemos que debajo de este suelo hay galerías pertenecientes a una antigua construcción sobre la que se levantó este caserón, el hecho no es raro. Muchos de los antiguos edificios se han ubicado sobre las ruinas de otros milenarios o prehistóricos. Antiguamente, cuando había muchos terrenos para escoger, se buscaban los mejores, la situación más idónea con respecto al sol, las lluvias, los vientos o el paso de aguas subterráneas. Este caserón, sin duda alguna, ha sido levantado sobre algún enclave privilegiado que ahora no podemos comprender porque todo el entorno ha variado. Deberíamos retrotraernos miles de años atrás para averiguar cómo estaba esto.

—Pero ¿tú no vas a perforar?

—Sí, pero son perforaciones de un diámetro máximo de veinte centímetros. El promotor, el hombre que tiene el oro porque paga con puro oro, no permite una excavación que pueda perjudicar el subsuelo.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero está en su derecho. El paga y exige, por ello tendremos que hacer una gran plataforma de hormigón armado y lastrado con plomo que ocupará todo el solar sobre el que se levantará la edificación. Será como una gigantesca plataforma indestructible. Si la tierra tiembla alguna vez, el edificio se moverá pero no caerá, tampoco se rajará de arriba abajo porque una pared ceda hacia un lado y la pared opuesta hacia el otro.

—¿Y no puede haber una entrada secreta?

—Podría ser, ya la descubriremos cuando pasemos los *bulldozers*

demoliendo paredes y recogiendo escombros; pero ya lo has visto, Jennifer no está.

—Me estarás tomando por una tonta, ¿verdad?

—Creo que eres muy influenciable.

—Tienes razón, Patrick, pero si tú hubieras estado aquí habrías dicho que todo era real. La sugestión nos debió invadir, eran unas sensaciones que antes no había experimentado jamás.

—No hablemos más de ello. Ahora, veamos ese cuadro que hay que conservar.

—¿El cuadro grande?

—Sí.

—Ayer no lo vimos.

—Porque no descorreríais las cortinas.

—Es cierto.

—Me han pedido que ni siquiera 10 saque de donde está, que conserve el muro y le ponga unas puertas para protegerlo.

—No entiendo.

—Sí, mujer, hay que conservar la pared donde está colocado el cuadro. Hacer unos pequeños laterales y colocar unas puertas que encerrarán el cuadro como dentro de un armario monumental.

—¿Y quién te ha pedido eso?

—Es una exigencia del promotor hecha a través de la abogado, de su apoderado.

—¿De esa mujer tan interesante?

Patrick rehuyó mencionar a Diana Fireshe. Sabía que hablar de ella provocaba celos en Audrey y prefirió no hacerlo. Se acercó a un lado de los cortinajes y moviendo la cuerda que se deslizaba por unas poleas, descorrió el viejo y pesado cortinaje. Ante sus ojos apareció de nuevo el gran óleo.

—Es horrible, jamás me sentiría tranquilo teniendo un cuadro como éste cerca de mí.

—¿Tú qué crees que representa? —preguntó Patrick.

—No lo sé, almas en pena.

—¿Y si te dijera la inmortalidad?

—Imposible, esos seres ya están muertos.

—Eso mismo creo yo. Están muertos, son cadáveres al borde de una fosa.

—¡Patrick! —gritó de pronto, llevándose la mano a la boca.

—¿Qué pasa?

—¡Es Jennifer!

—¿Qué dices?

—La última de la derecha es. Jennifer. Sí, es ella, no puedo olvidar su cara.

—Imposible, este óleo, está pintado desde hace siglos.

—¡Es ella, es ella! —gritó Audrey temblando—. ¡Está como una muerta viviente!

Patrick Lancaster clavó sus ojos en la figura que Audrey señalaba. Al fin, un poco desconcertado, aceptó:

—Hay que admitir que se parece mucho.

—¿A quién se parece?

Ambos se volvieron bruscamente al oír una nueva voz tras ellos.

—Diana —musitó el hombre.

—Hola, Patrick —saludó ella acercándose. Le besó en las mejillas con una gran naturalidad.

—Diana, ella es Audrey.

—Soy su prometida —recalcó Audrey para que no hubiera equívocos.

—Ah, mucho gusto, querida. —Se volvió hacia Patrick para decirle—: No me habías contado que tuvieras novia, pero da lo mismo, es joven y encantadora. Sólo hay que verla, parece una niña.

Audrey tuvo que apretar los dientes para disimular que se sentía profundamente irritada.

—Yo me voy, Patrick.

—Espera, te llevo.

—No, no hace falta, tendrás mucho que hacer aquí, seguro.

Sin dar tiempo ni opción a ninguna otra réplica, Audrey se alejó con paso rápido olvidando momentáneamente el descubrimiento que hiciera en el cuadro.

CAPÍTULO VII

—¿De veras un hombre como tú piensa casarse con una chica cómo…? ¿Cuál has dicho que era su nombre?

—Audrey y mejor no te inmiscuyas en mi vida privada.

—Oh, sí, claro, a veces soy un poco entrometida.

Abrió su bolso de mano, sacó un cigarrillo y se lo puso entre los labios. Patrick le ofreció la llama de su encendedor y tuvo la impresión de que la llamita, de ordinario azulada, enrojecía y se hacía mayor ante el rostro de la espléndida mujer.

—¿Qué te pasa, Patrick? —preguntó ella, mirándole con sus grandes ojos de pupilas insondables mientras expulsaba la bocanada de humo sobre el rostro masculino.

—Tus ojos parecen tener poder para hipnotizar.

Ella se echó a reír; fue una carcajada corta, de mujer que se hacía la interesante.

—¿Tú crees?

—Tengo un problema contigo, Diana.

—¿De veras?

—Es un problema extraño.

—Tú dirás —dijo ella, dispuesta a escucharle mientras apartaba su mirada de él y se concentraba en las figuras macabras del gran óleo, aquellas figuras que siempre se hallaban en tomo a una fosa.

—Yo he estado poco tiempo contigo y, sin embargo, tengo la sensación de que a tu lado, contigo, he vivido con intensidad.

—¿Tienes la impresión de haberme amado?

—Eso es, de que he yacido contigo de una forma ardiente. ¿Acaso tú tienes la misma impresión?

—A mí me gustaría comprobar si tus brazos son tan fuertes como parecen, si tu sangre es joven, si tu masculinidad es poderosa…

Le puso la mano libre en el cuello y buscó la boca de él, pero

Patrick la esquivó. Dio una vuelta sobre sí mismo y volvió a encararse con ella después de separarse algo más de un paso.

—¿Qué es verdad y qué es sugestión?

—No te entiendo, Patrick.

—Sí me entiendes. Aquí ocurren cosas extrañas, hay una influencia de sugestiones y parecen vivirse situaciones que sólo son mentales.

—No comprendo.

—Sí comprendes. Tú sabes que estoy hecho un lío; yo estuve una noche aquí, contigo, y después no he sabido si era realidad o pesadilla.

—¿Pesadilla una noche conmigo?

—En la forma que sucedió, sí.

—¿Me lo cuentas?

—No, no te puedo decir nada, porque en realidad no sé nada.

—¿Todo eso te lo ha contado tu prometida?

—¿Ella? —Patrick pensó decirle lo que había sucedido allí la noche anterior pero se calló; podía sentar mal que se supiera que allí se había celebrado una invocación a los espíritus.

—No te dejes influenciar por este caserón, querido.

—No me llames querido —protestó.

—Perdona, sólo es una forma de hablar.

—Diana, ¿qué es lo que buscas?

—¿Deseas saberlo?

—¡Sí! —casi gritó, desesperado.

Daba la impresión de que los seres patéticos y espectrales del cuadro siguieran atentamente su diálogo.

—Una mujer no debe revelar sus verdaderos sentimientos a un hombre, eso lo sabe hasta la colegiala más ingenua. Relájate, estás nervioso, ofuscado.

—¿Nervioso, ofuscado? Tengo la impresión de estar como drogado. No sé con exactitud dónde empieza la realidad o la pesadilla.

—¿Quieres decir que no puedes con la labor que se te ha encomendado? Si es así, míster Cooper pondrá a otro arquitecto en tu lugar. Hay muchos deseando tener entre sus manos el proyecto que ahora tienes tú.

—Eso es cierto —admitió con rabia— pero hay algo más, algo

más y no sé lo que es.

—¿No habrás tomado algún fármaco excitante? Quizás has trabajado demasiado de noche.

—Dime… Diana, ¿qué es lo que os proponéis en realidad?

—Yo, nada. Sólo represento a un hombre que quiere construir aquí algo hermoso.

—Más que hermoso me parece extraño, fantástico y a la vez medieval y oscurantista. ¿A qué quiere dedicar esta especie de catedral?

—Yo, a mis clientes, no les hago preguntas que puedan resultar molestas.

—¿De veras no sabes para qué sirve el edificio que se va a levantar aquí?

Ella volvió a mirarle a los ojos, con tanta intensidad que Patrick Lancaster sentía la influencia de su maligno magnetismo.

—¿Qué te parece si nos vamos de aquí? Estás agobiado y creo que un paseo te aliviará.

—No, espera, antes quiero saber qué significa este cuadro.

—¿El cuadro? Ya ves, es una obra importante.

—¿Importante, de quién?

—De Pieter Brueghel.

El hombre parpadeó, sorprendido, no esperaba aquella respuesta.

—¿Pieter, qué?

—Brueghel, era un pintor flamenco del mil seiscientos. Es una obra de gran valor por su firma y el tamaño del cuadro.

—¿Cómo sabes el nombre del autor?

—Porque está su firma.

—¿Dónde?

—A la izquierda, sobre aquella piedra que parece una lápida.

Patrick Lancaster se acercó al óleo y escrutó la supuesta piedra. Efectivamente, leyó el nombre de Pieter Brueghel.

—Ha puesto el nombre como si hubiera cincelado su propia lápida.

—Era un pintor genial.

—De modo que es una obra valiosa.

—Naturalmente, por eso míster Asael desea conservarla sin que resulte dañada.

—Pero, la pintura es desagradable.

—Hay muchas pinturas que son desagradables, los cuadros de Goya en su época negra también lo son. No han sido pocos los artistas que han reflejado en sus obras hechos desagradables y no por ello han dejado de ser geniales.

—Yo no le veo nada de genial a esta pintura.

—Porque no entiendes, querido. ¿Más tranquilo?

—Espera, espera… ¿Y el perro?

—¿Qué perro?

—El del lienzo.

—¿Qué le sucede? —preguntó ella, como sin darle importancia.

Patrick no supo qué decir, quedaba de nuevo sin argumentos.

Notó que la mano de ella cogía la suya y se dejó llevar, no sabía hacia dónde, pero se dejó llevar.

CAPÍTULO VIII

Maxwell se presentó en el despacho de míster Joshua Cooper.

El arquitecto-jefe de la empresa constructora conocía bien a su patrón, no en vano había estado largo tiempo trabajando con él y se daba cuenta de que en aquellos momentos se hallaba preocupado.

—Usted dirá, míster Cooper.

Maxwell encendió un cigarrillo, lo hizo como para ganar tiempo. Él tenía suficiente confianza para hacerlo.

—¿Sucede algo grave, míster Cooper?

—¿Dónde está Lancaster?

—¿Patrick?

—Sí, su ayudante.

—No es, mi ayudante, míster Cooper. Usted mismo lo ascendió y ahora trabaja aparte en su gabinete, con su proyecto.

—¿Por qué no ha venido?

—No sé nada.

—¿Seguro que no sabe nada?

—Creí que estaba en ese caserón, estudiándolo sobre el terreno antes de tomar decisiones.

—¿Su hija Audrey no sale con él? Quiero decir, ¿no van a casarse?

—Eso creo, pero ya sabe que hoy en día los padres tenemos poca autoridad sobre los hijos y mucho menos cuando han alcanzado la mayoría de edad.

—Quiero a Patrick Lancaster aquí.

—Me lo exige como si yo pudiera traerlo encadenado, como si fuera un perro o un pájaro de jaula.

—¿Dónde está? Si el promotor de la obra se da cuenta de que ha desaparecido, vamos a tener problemas y no deseo tenerlos. Es el mejor cliente que he tenido hasta hoy, un cliente que sacará de apuros a la empresa.

—¿Y si no regresa?

—Ese contrato no voy a perderlo. Tendré que poner a otro en su lugar, a usted, por ejemplo, si se adapta a un enfoque moderno saliéndose de su línea conservadora.

—¿Insinúa que soy un viejo?

—Se pueden tener años y ser un genio, un avanzado.

—Yo podría hacer ese trabajo.

—Bien, Maxwell, contaré con usted si no aparece Patrick, pero búsquele, quizás haya sucedido algo desagradable.

—¿Como qué?

—No sé, un accidente de tráfico, quizás lo hayan apuñalado en la calle para robarle… Búsquenlo.

—¿Ha llamado a los hospitales?

—No, no lo he hecho, esa tarea se la encomiendo a usted, es lo más lógico. Después de todo, él es el prometido de su hija.

Maxwell aceptó. Al regresar a su despacho, tomó el teléfono y llamó a Audrey.

—¿No lo has visto?

—No, papá, no lo he visto.

—¿Qué crees que puede haberle sucedido?

—No lo sé, es como si se lo hubiera tragado la tierra.

—A alguna parte ha tenido que ir.

—La última vez que le vi estaba en ese maldito caserón en compañía de la abogado, de esa mujer que parece una bruja sofisticada.

Tratando de no causarle nerviosismo, Maxwell le pidió:

—Búscalo.

—¿Tan urgente es?

—Sí, ha de terminar unos planos que son imprescindibles y míster Cooper está preocupado.

Cuando colgó, el arquitecto Maxwell se dijo que había sido mejor no decirle a su hija que iba a llamar a las comisarías de policía y a los hospitales para ver si sabían algo del desaparecido Patrick Lancaster.

Audrey, desconcertada, llamó al apartamento de Patrick sin obtener respuesta.

Abandonó su casa en busca de los lugares comunes de reunión, pero Patrick no aparecía por ninguna parte.

Después de horas de búsqueda, se dirigió al *pub* donde solían reunirse. Allí se encontró a Jacky que le recibió con un vaso alto en la mano.

—Hola, querida.

—Estate quieto, Jacky —le pidió ella viendo que el joven hacía intención de besarla.

—Me temo que sigues enamorada de Patrick.

—Eso, a ti no te importa. ¿Le has visto?

—¿A quién?

—¿A quién va a ser? A Patrick.

—No, no le he visto. ¿Has puesto un anuncio en el periódico?

—No te hagas el gracioso.

—Audrey, Audrey… ¿No has visto a Jennifer por ninguna parte? —le preguntó Margaret.

Como si dentro de Audrey se despertara algo bruscamente, recordó la aciaga noche de la sesión de espiritismo.

—No, no la he visto.

—Al día siguiente estuve en el caserón y Jennifer no está allí.

—¿Y si avisáramos a la policía de su desaparición?

Jacky intervino para decirles:

—Eso son tonterías. Estará por ahí con cualquier tipo, quién sabe si en París, Roma, Atenas o Mallorca.

—No podía marcharse sin avisarnos —protestó Margaret.

Donald se les acercó llevando también un vaso en la mano. Les miró y dijo:

—Yo sé cómo encontrar a Jennifer.

—¿Ah, sí, cómo? —preguntó Jacky, burlón.

—Hay que ir de nuevo al caserón con aquel tipo, el brujo de la peluca.

—No —denegó Margaret rápidamente.

—Yo lo he consultado y debemos acudir todos —insistió Donald.

—¿Para qué? —preguntó Audrey.

—Para hacer una invocación. Sólo así, Jennifer aparecerá.

—Oye, ¿lo dices en serio? —se asombró Jacky.

—Todos sabemos que Jennifer desapareció aquella noche y decir que está por Europa con algún tipo que le paga los hoteles es engañarnos a nosotros mismos, es querer olvidarla.

—Eso es tanto como decir que realmente desapareció con los

fantasmas que vimos.

—No había fantasmas —gruñó Jacky que ya no se reía pero sí tomaba largos tragos del vaso que tenía en la mano.

—¿Quién cree de verdad que los fantasmas estaban allí? —preguntó Audrey paseando su mirada por los rostros de sus amigos.

—Yo lo creo —contestó Margaret.

—Estáis copados —gruñó Jacky—, pero por mí, si hay que divertirse de nuevo en ese caserón, de acuerdo. La otra noche quedé sorprendido, pero ahora esos supuestos fantasmas no me pillarán desprevenido, ya sé a lo que voy.

—¿Qué te parece, Audrey? —preguntó Margaret.

—No me gusta.

—Si quieres encontrar a Jennifer, sólo la hallarás en aquel caserón. Después de todo, tú fuiste la que nos llevó allí. Tú eres la culpable de la desaparición de Jennifer.

—¿Yo? No puede ser, fue cosa de todos. Yo sólo hablé de que el caserón era un lugar apropiado para divertirse.

—Yo buscaré a los demás —dijo Donald—, y si Patrick quiere venir, mejor, mucho mejor.

—¿Patrick? Si no lo encuentro…

—¿Habrá desaparecido como Jennifer? —aventuró Jacky con intención de herir a Audrey.

Dejó a sus amigos y, más confundida aún, regresó a si casa. Sonó el teléfono y se apresuró a descolgarlo.

—¿Audrey?

—Patrick, Patrick… ¿Dónde estás?

CAPÍTULO IX

—Patrick, ¿qué te ha ocurrido?

—Nada, he estado de viaje.

—¿De viaje, sin avisar? —le reprochó ella con cuidado—. Bueno, es que surgió repentino.

—Pudiste telefonear.

—Es cierto. Disculpa, este proyecto que he de llevar adelante me agobia, pero al mismo tiempo me apasiona.

—¿Por qué no dices la verdad, Patrick?

—¿Qué verdad, crees que miento?

—Me ocultas algo.

—Si te digo algo importante, ¿se lo contarás a tu padre? —Si tú no quieres, no le diré nada.

—¿Cómo?

—Sí, sé que han pasado dos días y me he encontrado de pronto en mi apartamento.

—Yo te dejé en compañía de aquella mujer, de la abogado. —Es cierto, pero no recuerdo nada. Es como si hubiera sufrido un golpe y he pasado por una amnesia temporal—. ¿No sería mejor que visitaras a un psiquiatra?

—Quizás deba hacerlo, pero por el momento no quiero decir nada para que míster Cooper no me quite este proyecto le las manos. Es la gran posibilidad de mi vida.

—Pero esa amnesia podría repetirse y ser peligrosa.

—Espero que no.

—¿Qué le vas a decir a míster Cooper? Te está buscando.

—Le diré que he estado en Brujas.

—¿Brujas?

—Sí, en la ciudad de Brujas, en Bélgica, porque me parecía que allí había un edificio ciertamente parecido al que me piden que levante, un edificio singular.

—¿Y no es así?

—En una revista vi un edificio que tenía líneas análogas en cuanto a su arquitectura se refiere pero, por supuesto, ignoro si he estado en Brujas o no.

—¿Se lo creerá?

—No lo sé, pero tengo que decir algo. Ni yo mismo sé dónde he estado.

—¿Crees que esa mujer tiene la culpa de algo?

—Puede, pero lo ignoro. Por otra parte, no puedo enemistarme con ella, es la representante del cliente.

—Un cliente y una abogado muy misteriosos, ¿no?

—Es cierto, a él sólo lo hemos visto una vez y en circunstancias un poco especiales.

—¿Quiénes son esos personajes en realidad?

—Lo ignoro, sólo sé que míster Cooper cobra más de lo que desea y quiere seguir adelante.

—¿No habrá nada oscuro detrás de todo este proyecto?

—¿Oscuro? No creo. Siempre ha habido hombres con dinero y muy caprichosos gracias a los cuales han sido posibles grandes obras de arte que no se habrían podido llevar a cabo si alguien no hubiera pagado a los artistas y a los artesanos.

—A mí me han pedido que hagamos otra reunión en el caserón —dijo, dubitativa.

—¿Cómo?

—Se han empeñado en que la única forma de hallar a Jennifer es haciendo otra sesión de espiritismo.

—¿Jennifer no ha aparecido en parte alguna?

—No, y yo creo que hay mucho de misterioso en su desaparición. Recuerda el cuadro.

—Ah, sí, el cuadro. ¿Sabes que es una obra especial de un autor genial?

—No, no sabía nada.

—Es la obra de un autor flamenco llamado Pieter Brueghel.

—No lo recuerdo.

—¿Por qué no vamos a conocer algo de él?

—¿Dónde nos lo dirán?

—En la biblioteca, especialidad arte de la pintura.

Efectivamente, en grandes libros especializados en pintura,

encontraron la biografía de Pieter Brueghel y parte de su obra reproducida en huecograbado. Al ver los cuadros, Audrey exclamó:

—Son fantásticos.

—Aquí dice que este autor estaba especializado en obras demoníacas y vivió entre los siglos dieciséis y diecisiete.

—Sí, el cuadro corresponde.

—La obra de ese especial pintor es ciertamente demoníaca.

—Patrick, Patrick…

—¿Sí?

—Esa pequeña.

—Se ve como una fosa en un lugar neblinoso y un perro.

—¿No te recuerda al cuadro del caserón?

—Sí, pero aquí falta la gente.

—Eso es, falta la gente. Mira, aquí dice: «Fotografía de una copia del original desaparecido». ¿Será el original el cuadro colgado en el caserón?

—Si es el original, alguien se ha entretenido en pintar nuevas figuras encima.

—Lo que no ha sido raro en muchas obras de arte a lo largo de la historia. Siempre se ha tratado de pintores mediocres que se han dedicado a remendar obras ajenas creyendo que las mejoraban. Se me acaba de ocurrir una idea…

—¿Cuál? —preguntó Audrey, vivamente interesada.

—Ya te lo contaré. Hay una forma de averiguar si ese cuadro es el original, aunque no sé si se podrá conseguir. Es tan grande…

—¿Te refieres al tamaño?

—Sí.

—Está bien, ya me dirás algo, pero ¿y respecto a la sesión de espiritismo?

—No es recomendable, pero haced lo que os venga en gana. Pienso que estáis jugando con algo muy peligroso.

—Yo sigo con la idea de que Jennifer está allí.

—Eso es imposible, buscamos por todas partes.

—Ha de haber algún pasadizo secreto. Y ahora, Patrick, ¿por qué no buscamos en tu memoria estos dos días perdidos?

—No, ya volverán solos, quizás he estado viajando y no lo recuerdo. Nada me ha sucedido, eso es lo importante, he recobrado de pronto la memoria.

—¿Y si te ha ocurrido algo grave en estos dos días?

—Si hubiera hecho algo malo lo sabría, estoy seguro. No le cuentes a nadie lo de mi amnesia temporal, podría ser peligroso para mi futuro.

—Patrick, ¿de veras crees que merece la pena seguir adelante?

—¿Con qué?

—Con el proyecto para construir esa especie de templo demoníaco.

—No sabemos si es demoníaco o no.

—Con el cuadro que hay dentro, cabe suponerlo.

—Hay muchas clases de chifladuras, pero sin chifladuras no habría obras de arte.

—¿Y esa mujer?

—No hablemos de ella.

—Deberías evitar verla.

—No puedo rehuirla si ella se presenta donde yo estoy, es la representante legal del promotor.

—Es mala.

—Es una mujer muy especial, sugestiva y misteriosa; pero, que yo sepa, aún no ha cometido ningún delito.

—Como quieras. ¿Puedes darme la llave del caserón?

—No.

Audrey le miró inquisitiva, también un poco sorprendida.

—¿No has dicho que te daba igual que hiciéramos una sesión de espiritismo o no para buscar a Jennifer?

—Sí, opino que Jennifer debe estar por ahí. Iré con vosotros.

—¿Tú?

—Sí, ¿te molesta?

—No, claro que no. Como habías dicho que no creías en las sesiones de brujería y espiritismo…

—Sigo sin creer, pero estaré presente.

—Yo estoy contenta de que vengas, me darás seguridad y me hace falta porque tengo miedo.

Capítulo X

Patrick Lancaster había pensado seriamente en visitar a un psiquiatra, los dos días en blanco le molestaban profundamente.

No lo hubiera notado a no ser por el reloj cuyo dietario le advertía del día que vivía. Míster Cooper se había mostrado muy duro y él había tenido que mentirle para capear la tormenta.

Se refugió en su apartamento diciéndole que mejor hubiera estado en compañía de Audrey.

Era su chica y estaba harto de vivir solo. Después de todo, las relaciones prematrimoniales no eran nada descabellado; él las habría comenzado hacía ya tiempo, pero se trataba de que Audrey se decidiera.

Sonó el timbre del teléfono y lo miró con recelo antes de descolgarlo.

«¿Quién será?», se preguntó.

Podía ser míster Cooper con más exigencias; podía ser Maxwell para decirle con cierta ironía que se alegraba mucho de que hubiera reaparecido, podía ser…

—¿Diga?

—¡Patrick!

—Ah, eres tú, Audrey.

—Sí. ¿Esperabas otra llamada?

—No, pero me preguntaba quién podía ser el que llamaba a mi teléfono.

—Pues soy yo.

—¿Te ocurre algo?

—No, sólo quería asegurarme de que estás bien y en tu apartamento, de que no te has marchado de nuevo. He de cuidarte como a un niño.

—Mira, es una suerte que hayas llamado.

—¿Ah, sí?, ¿por qué es una suerte? —preguntó, interesada.

—Quería consultarte algo.
—Pues, te escucho atentamente.
—Me siento muy solo y creo que me estoy despegando de la tierra. Hay momentos en que tengo la impresión de que me sumerjo en un mundo distinto, un mundo peligroso.
—¿El mundo de esa mujer?
—Puede. Hay cosas extrañas, he tenido pesadillas y yo no sé lo que es pesadilla y lo que es realidad.
—Si me lo quieres contar, te escucho.
—¿Por qué no vienes?
—¿A tu apartamento?
—Sí.
Hubo un instante de silencio. Al fin, Patrick escuchó de nuevo la voz femenina.
—De acuerdo, ahora voy.
—Un momento, Audrey.
—Di —le pidió ella con suavidad, comprensiva.
—Si vienes, quiero que pases la noche conmigo.
—Es lo que he supuesto.
—Gracias.
—No me las des, Patrick, yo también lo deseo.
—Te quiero, Audrey.
—Y yo a ti.
Una vez colgado el teléfono, Patrick miró en derredor, e apartamento estaba bien. Recogió algunas cosas desperdiga das y fue al frigorífico para comprobar que los cubitos de hielo estuvieran listos. Sacó una botella de *whisky* y miró e termómetro, la temperatura era la adecuada.
Cuando oyó el llamador musical, fue hacia la puerta y h abrió.
—Hola, Patrick.
—¡Diana!
—Tenía que verte.
—¿Ahora?
—Sí, ¿te molesta?
—Es que… —comentó a objetar, dubitativo.
—¿No estás solo?
—Diana, mañana pasaré por tu despacho si es que tienes que decirme algo.

—¿Y por qué no ahora, querido? —preguntó ella penetrando en el apartamento. Cerró la puerta a su espalda, acercándosele insinuante.

—No, ahora no.

—¿Ha de venir ella?

Patrick se le acercó. Trató de rodearle el cuello con sus brazos pero Patrick le apartó las manos, se evadió para no caer bajo la influencia de su fuerte e indudable magnetismo.

—¿Me tienes miedo, querido?

—¿Qué es lo que pretendes de mí?

Antes de que Diana Fireshe pudiera responder, volvió a sonar el llamador. Patrick miró hacia la puerta y luego a la mujer que, sonriendo, se entretuvo en buscar un cigarrillo dentro de su bolso de mano.

—Abre, querido, será ella. Se llama Audrey, ¿verdad?

—Márchate.

El llamador volvió a sonar con insistencia.

—¿Marcharme? Si prefieres que me esconda en un armario…

Patrick Lancaster tuvo deseos de abofetearla, pero sabía que no podía hacerlo.

Al abrir la puerta se encontró con Audrey que se le abrazó. Antes de que él tuviera tiempo de decirle nada, los ojos de la muchacha descubrieron a Diana Fireshe fumando su larguísimo cigarrillo.

Patrick notó la presión de los dedos femeninos en sus brazos, notó que todo el cuerpo de Audrey se tensaba.

—Espera que te explique.

—Si lo que tienes que pedirme es que me vaya…

Patrick cerró la puerta para impedir que Audrey se marchara. Luego, explicó:

—Ha sonado el llamador y he creído que eras tú. He abierto la puerta y era ella.

—Sí, tenía que consultar algunas cosas con el arquitecto… mi cliente es muy exigente.

—¿Consultar a estas horas? —se asombró Audrey.

—¿Por qué no? Cualquier hora es buena si el tema también lo es.

—¿Qué es lo que pretende? —inquirió Audrey directamente.

—Estás celosa, querida.
—¡Basta ya! —Cortó Patrick—. Esta situación no me gusta.
—¿Por qué no le cuentas que somos amantes? —preguntó Diana.
Audrey palideció; sintió que las rodillas iban a doblársele de un momento a otro y al mismo tiempo ansiaba gritar.
Patrick puntualizó:
—No somos amantes.
—¿Pretendes que ella se lo crea? —interrogó Diana, desafiante y burlona a un tiempo.
Patrick se volvió hacia Audrey y la miró intensamente. Por contra, ella rehuía mirarle a su vez, como si temiera una situación difícil.
—Te creo, Patrick —dijo Audrey sin levantar la voz mientras se abrazaba al joven arquitecto, apoyando el rostro contra su pecho en actitud de entrega.
Se produjo un silencio que a Audrey le pareció prolongado. Cuando la muchacha alzó la mirada, se encontró con los ojos de Diana Fireshe, unos ojos llenos de profundidad, de misterio, de malignidad, unos ojos que estaban clavados en los de Patrick mientras Audrey cogía el rostro del hombre pasándole las yemas de los dedos por las sienes.
Al darse cuenta de que el joven arquitecto no era el mismo, que su mirada estaba sin vivacidad, exclamó:
—¿Qué ha hecho?
—Someterlo, esclavizarlo. Es mi amante porque yo lo exijo así.
—¿Lo ha hipnotizado? ¡Patrick, Patrick! —Le sacudió el rostro cuando ya Diana había retrocedido un par de pasos y se reía maligna, volviendo a recuperar el cigarrillo abandonado en un cercano cenicero.
—No podrás, querida, no podrás, él me obedece. Si ahora le pidiera que te matase, lo haría. Te cogería el cuello entre sus manos y te estrangularía hasta la muerte.
—¡No puedo creerlo! —gritó Audrey.
—Patrick, Patrick, ¿me oyes? Cógela por el cuello, soy tu diosa y te lo exijo.
Patrick sujetó a Audrey por el cuello con sus manos y comenzó a estrangularla pese a la incredulidad de la joven.
—Patrick, Patrick —suplicaba, tratando de devolverle a la

realidad.

En la situación de hipnosis en que se hallaba, el hombre siguió oprimiendo el cuello femenino. El peso del cuerpo de la muchacha se acusó entre sus brazos.

Patrick dejó de apretar cuando ya Audrey había cerrado los ojos. Sostuvo el cuerpo inconsciente y Diana Fireshe, muy suficiente, le dijo:

—Sabía que no la matarías, la amas, pero es lo mismo. Matar, no, de acuerdo, pero… Cógela entre tus fuertes brazos, cógela y sígueme.

—Sígueme —le dijo Patrick.

Poco después, sin que nadie se percibiera de ello, pues era ya noche cerrada, Audrey fue introducida en el propio coche de Patrick. Éste, hipnotizado, tomó el volante y Diana se puso a su lado.

—Conduce de prisa, Patrick, yo te guiaré con el poder de mi espíritu.

Patrick puso el coche en marcha y aceleró, hundió el pedal del gas más de lo que era usual en él y el vehículo rodó rápido sobre el asfalto de la city en una noche nevada, fría, diríase que triste y misteriosa.

Patrick no parecía ni parpadear. Pasó rozando otros automóviles que le tocaron el claxon en señal de protesta y advertencia por su forma enloquecida de conducir, una conducción suicida, casi asesina.

Diana Fireshe, segura de que nada iba a suceder, no parecía inmutarse ante los escalofriante chirridos que las ruedas producían en las curvas, pero sí hubo alguien que se dio cuenta y fue Audrey que acababa de recobrar el conocimiento. La sangre volvía a circular con normalidad por su cerebro.

Diana se dio cuenta y la miró sonriéndole fríamente, casi con desprecio.

—¡Patrick, frena, frena!

Patrick seguía con el pie hundido en el acelerador, sin oírla. Diana se permitió decirle:

—No te obedecerá, ahora es mi esclavo.

—¿Por qué, por qué?

El automóvil frenó con brusquedad y Audrey se golpeó contra el

cabezal del propio Patrick. Éste se apeó y Diana hizo lo mismo.

—¡Patrick, no vayas con ella, no vayas!

—Tráela —ordenó Diana.

Patrick abrió la portezuela posterior y cogió a Audrey por un brazo. Tiró de ella sacándola del coche.

—¡Despierta, Patrick, despierta, estás hipnotizado!

—Estoy despierto. Obedece, sal o te golpearé —le dijo con voz monótona y a Audrey no le cupo ninguna duda de que Patrick, que siempre había sido tan cuidadoso con ella, la golpearía.

Pasaron al otro lado del muro que circundaba el caserón.

Llegaron al atrio y la propia Diana se encargó de abrir la puerta.

Audrey jadeaba, los dedos de Patrick semejaban tenazas en sus brazos.

Cuando pensó en gritar, ya era tarde. La pesada y gruesa puerta del caserón se cerró.

En aquella ocasión, el interior no estaba a oscuras, había velas encendidas, velas rojas que despedían un extraño humo que se pegaba a la garganta, olía a hierbas y repelía.

Audrey conocía el camino hasta el gran salón y al llegar a él, frente a los cortinajes, descubrió a un hombre desconocido sentado en un butacón que semejaba un extraño trono, un trono inquietante por la talla de la madera llena de vértices agudos.

Audrey no lo conocía pero Patrick sí; era el hombre alto, de cabellos blanco-amarillentos, un hombre de rostro alargado y muy anguloso, con unos ojos rojizos e insondables a la vez.

—Mi señor Asael, vengo con mi esclavo Patrick al que domino con los poderes que tú, oh señor, tuviste la gracia de otorgarme.

—Bien, mi sierva Diana. ¿Y ella? —preguntó, señalando a Audrey que era sujetada por el propio Patrick, sin entender lo que sucedía.

—Ella es mi cautiva, quiero que sufra antes de ser lo que ha de ser y sin esperar al tiempo en que haya de ocurrir.

—Pero ¿qué significa todo esto, qué dicen, de qué hablan?

—Patrick, arrodíllala a mis pies.

Ante la incredulidad de la propia Audrey, Patrick la obligó físicamente a postergarse a los pies de aquella maligna mujer que exigía su humillación.

—¿Qué es lo que deseas que suceda aquí, mi sierva Diana? —

preguntó con voz gutural y profunda aquel ser que a Audrey le parecía demoníaco, de otro mundo.

—Ya os lo he dicho, oh mi señor, que sufra.

—Yo leo el pensamiento de estos míseros humanos. Sé que quieren celebrar una reunión de lo que llaman brujería, que no es más que un divertimiento estúpido y excitante para ellos.

—Conozco sus deseos, mi señor Asael.

—Entonces, para esa reunión prepararemos algo fantástico, sangriento y doloroso, algo que los que sobrevivan no podrán olvidar jamás. Tú les ofrecerás la víctima del sacrificio que ellos, a su vez, me ofrecerán a mí. Ellos serán los ministros celebrantes y los verdugos de la ceremonia; ellos serán quienes se manchen las manos de sangre inocente.

—Gracias, oh mi señor, tu deseo se cumplirá.

—¿Quiénes sois, quiénes sois? —se debatía Audrey.

Diana Fireshe se rió levemente. Mirando al hombre de cabellos largos y canoso-amarillentos, aclaró:

—Mi señor es Asael, hijo de Asael, el gran príncipe de los infiernos que os condenó a los humanos a vivir reptando en la tierra, babeando vuestros vicios.

—Basta, Diana, no le expliques nada más. Ya sabe suficiente, sabe que morirá en sacrificio. Es importante conocer la muerte a plazo fijo para tenerle terror.

—Mi señor, quiero que enloquezca, que el pavor corroa su espíritu y llegue a desear la muerte.

—¿Por qué la odias tanto, mi sierva Diana? —preguntó aquel ser demoníaco que aseguraba era hijo de un príncipe de los infiernos.

—Porque siento grandes deseos por mi esclavo Patrick y ella podría apartarlo de mí. Su pureza es mi enemigo mortal y no voy a dejar que me lo arrebate. Mi señor Asael, el esclavo Patrick levantará para ti esta catedral a los espíritus inmortales que por tu voluntad jamás hallarán la paz.

—No quiero que a él le suceda nada. Mi castigo caería sobre ti, mi sierva Diana, si este hombre no consigue levantar mi catedral, la catedral de los espíritus inmortales. Para mi padre Asael, yo llenaré esta catedral de espíritus sin paz eterna, la llenaré hasta que sean tantos que unos espíritus se fundan en otros y todos ellos juntos formen una masa aullante en pena. Puedes llevarla abajo si quieres,

que sienta en sus carnes los zarpazos del terror y la angustia.

Diana Fireshe hizo una reverencia tan pronunciada ante el que consideraba su amo y señor que dobló todo su cuerpo. Después, se volvió hacia Patrick para ordenarle:

—Sígueme y tráela contigo.

—No, Patrick, no… ¡Despierta, despierta, no dejes que me torturen, no, te lo suplico, no!

Las manos de Patrick parecían tener una fuerza nada común.

Pasaron a través de dos puertas y otros tantos corredores, hasta llegar frente a un muro de piedra que se abrió ante ellos.

Audrey no pudo ni darse cuenta de que Diana había movido un resorte. Estaba muy asustada. Había gritado hasta casi romperse las cuerdas vocales, pero Patrick no reaccionaba, sólo se había contenido para no estrangularla.

Su mente no aceptaba aquella orden, pero sí obedecía a Diana Fireshe hasta el punto de llevar a Audrey casi a rastras.

Se enfrentaron con una amplia escalinata de caracol. Los peldaños estaban húmedos, resbaladizos como el resto del caserón, a Audrey le fallaban los pies. Patrick la hacía descender en contra de su voluntad.

Se iluminaban con un candelabro de tres velas que portaba la propia Diana que abría camino. Las sombras que se proyectaban sobre las paredes mohosas eran fantasmagóricas.

Los ruidos de las pisadas, los roces contra los propios muros, se multiplicaban de tal forma que no parecían normales.

Audrey pudo oír gemidos, casi aullidos. Eran voces que se entremezclaban y estremecían. Estaba penetrando en un mundo que no era el suyo, en una dimensión distinta, en la ultratumba, en el más allá.

Después de muchos peldaños, llegaron a una sala en la que partían varios corredores. Todo aquello era antiquísimo. La condujeron por una de las galerías hasta llegar a una sala y frente a ellos apareció el gran perro guardián de aspecto salvaje…

—Hola, «Anubis» —saludó Diana a la bestia que gruñía amenazadora, con los ojos enrojecidos y los colmillos goteantes de saliva.

El perro era el guardián de aquella sala que no era más que una necrópolis subterránea donde los ataúdes se esparcían sin orden.

Eran distintos entre sí, en tamaño, forma, antigüedad y conservación.

Audrey ignoraba si aquellos ataúdes estaban llenos o vacíos; lo que sí se hallaban todos cerrados.

—Quieto, querido, quieto —exigió Diana al quedar frente a uno de los féretros. Miró a Audrey y, sarcástica, le preguntó—: ¿Quieres ver lo que hay dentro?

—No, no quiero ver nada. Suéltame, Patrick, por favor, suéltame.

Diana se inclinó para levantar la tapa del ataúd. Su contenido quedó iluminado por las tres velas que oscilaban.

Audrey estuvo a punto de perder el sentido ante lo que vieron sus ojos.

—¡Jennifer! —gimió.

Tuvo la sensación más desagradable de su vida.

Su amiga yacía con los ojos abiertos, eran unos ojos vidriosos. Tenía los labios entreabiertos, el color azulado de la muerte, en su piel y unas horribles heridas en el cuello, casi a la altura de la unión de las clavículas.

—Ha muerto sin morir, ahora es inmortal. Vivirá eternamente encerrada aquí, conviviendo con los que son como ella.

—¡Asesina, la has matado tú!

Ante el furor de Audrey, el enorme perro que no les perdía de vista aumentó sus gruñidos y mostró los colmillos amenazador.

—No, no he sido yo ni «Anubis» y mucho menos mi señor Asael. Ha sido ella misma quien se ha quitado la vida con sus uñas convertidas en garras.

Le cogió una mano, levantándosela para que Audrey pudiera verla bien. Los dedos estaban ensangrentados:

—No, no, Jennifer no pudo hacer una cosa así, no pudo suicidarse de esta forma, no pudo —sollozó, negándose a admitir tamaña monstruosidad.

—Querida, si te encierran dentro de un ataúd, harás lo mismo que ella; te quitarás la vida por miedo a que la agonía se prolongue.

—¡Es horrible, horrible!

—No temas. Por ahora no vamos a encerrarte a ti también en uno de estos ataúdes que son como ratoneras para las estúpidas como tu amiga Jennifer que quiso meterse en una de ellas. Durarías

pocos minutos, tú misma te arrancarías las venas del cuello para morir cuanto antes ante el pavor de ser enterrada viva. No, no quiero que mueras aún, quiero que tu sufrimiento se prolongue. Serán ellos, tus estúpidos amigos, quienes te sacrifiquen. Vas a pasar muchas horas sola, querida.

—¡Nooo!

—¿Deseas que deje el ataúd abierto para que puedas ver a tu amiga?

—¡Es perversa, perversa! Dios mío, Dios mío, ayúdame.

Al pronunciar aquellas palabras se produjo un fuerte y súbito viento que debía haberse originado allí dentro mismo, ya que no había ventana alguna y por tal motivo, el hedor era insoportable, la falta de oxígeno asfixiaba.

La oscuridad la aterró más aún, pero no podía escapar. Las manos que habían sido siempre amorosas para ella ahora eran tenazas que la dominaban por exigencia de una voluntad maligna.

Si hasta aquel momento había tenido miedo, el horror iba a torturarla durante las largas horas que habían de preceder al horrible destino que le estaban preparando.

CAPÍTULO XI

Patrick Lancaster despertó en su apartamento agobiado por la jaqueca.

Se duchó y bajó al *snack* para desayunar. Tenía la impresión de haber vivido una pesadilla horrible. Se sentía molesto consigo mismo y no sabía por qué.

Al mismo tiempo, tenía la impresión de haberse agotado físicamente, estaba exhausto.

Después del desayuno, se sintió mejor. Tomó su coche y se fue al gabinete. Allí estaba Maxwell que le recibió cogiéndole por las solapas de la chaqueta.

—¿Dónde está Audrey?

Se sintió molesto por la forma tan violenta en que era recibido.

—Quíteme las manos de encima.

—¿Dónde está Audrey?

—Supongo que en su casa, ¿por qué?

—Se marchó ayer para ir contigo. Eso de las relaciones prematrimoniales no me gusta.

—Pues a mí sí —le respondió Patrick lisa y llanamente.

Maxwell le soltó para dispararle un puñetazo que no llegó a su objetivo porque Patrick, más joven y ágil, más fuerte, lo desvió. Después empujó al que había sido su jefe, sin llegar a golpearle.

—No vuelva a intentarlo o será peor.

Humillado, Maxwell masculló improperios dándose cuenta de que no conseguiría reducir a golpes a Patrick, que la superioridad física estaba de parte del joven.

—Está bien, dile a Audrey que no vuelva más por casa y que no me llame si le sucede algo.

Patrick, preocupado, llamó a la residencia de Maxwell sabiendo que el padre no estaba allí porque se hallaba en su despacho. Respondió la mujer de la limpieza, que le informó:

—No, *miss* Audrey no está aquí, no ha dormido en casa esta noche.

Patrick quedó más perplejo aún. Suspiró diciéndole que Audrey habría ido a visitar a alguien y que ya le llamaría ella a él; no obstante, tenía la íntima seguridad de que algo anormal ocurría, pero era incapaz de luchar contra lo que sucedía.

Cerró los ojos y en su mente se reprodujeron escenas en las que aparecía el rostro de una Audrey aterrorizada en medio de un círculo de oscuridad. También vio el interior del caserón y a Diana Fireshe.

«¿Me estaré volviendo loco?», se preguntó.

Abrió la agenda y buscó una hora libre en los días siguientes para dedicarla a la consulta de un psiquiatra. Se notó incluso vacilante al escribir.

—¿Cómo te sientes hoy, Patrick? —le preguntó míster Cooper, muy amigable.

—Bien.

—Todo bien, ¿verdad?

—Sí, sí.

Se dirigió al estudio de Hadler, un amigo suyo especializado en obras de arte y en la fotografía. Tenía un estudio muy amplio que más parecía un estudio fotográfico comercial, pero en él sólo se realizaban experimentos, especialmente con luces polarizadas.

—¿Te hace un *whisky* con hielo? Traes mala cara —le dijo.

—Sí, es cierto, traigo mala cara —admitió.

—¿Te has dado un duchazo?

—Sí, y no creo que con un vaso de *whisky* mejore.

—No obstante, si no has bebido otro antes, tómatelo.

—De acuerdo. —Cuando tuvo el vaso entre sus manos, preguntó—: ¿Conoces algún psiquiatra de confianza?

—No me digas. ¿Es para ti o para un amigo?

—Si te digo que para un amigo, pensarás que es para mí.

—Comprendido.

—¿Lo conoces?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Tiempo.

—¿Tiempo?

—Sí, es el mejor remedio. Si estás loco irremediable, ningún psiquiatra te va a curar y si es leve, con un poco de tiempo mejorarás.

—Muchas gracias por el consejo.

—Te aseguro que es el psiquiatra más barato.

—Déjate de tonterías. ¿Has preparado lo que te pedí?

—Sí, pero si hay un muro como me pediste, no es seguro que el resultado sea perfecto.

—Por lo menos, inténtalo.

—De acuerdo. Te advierto que es una cámara con una película experimental y que no se puede utilizar en lugares donde haya seres humanos en cincuenta pasos a la redonda, por lo menos en el tiempo de exposición.

—No hay problema, tú y yo saldremos fuera para no quedar expuestos.

—No hay cuidado, tengo dos trajes con mirilla protectora que evitarán que tengamos que salir durante el experimento. ¿Cuándo quieres que lo llevemos a cabo?

—Ahora mismo.

—De acuerdo, pero te voy a pasar factura.

—Aceptado.

—Entonces, vamos.

Se dirigieron al caserón. Hadler iba cargado con diversos bártulos que Patrick le ayudó a descargar. Un policía que hacía la ronda se les acercó.

—Buenos días.

—Buenos días —saludaron ellos.

—¿Viven ustedes aquí? —preguntó el agente.

—No, pero yo soy el arquitecto que se va a encargar de derruir este caserón para levantar luego un nuevo edificio; así es que a partir de ahora no debe extrañarle que hayan por aquí empleados de la construcción.

—Lo tendré en cuenta. ¿Cuál es su nombre, si no le importa?

—Patrick Lancaster, arquitecto de la constructora Cooper.

—Bien, supongo que usted es su ayudante —le dijo a Hadler.

El especialista en arte, que era bajo y tenía mucho cabello rizado, asintió con la cabeza.

—Algo así.

Entraron en el caserón. El olor a humedad y a descomposición molestó a los hombres y Hadler gruñó:

—Parece como si hubieran quemado hierbas muy raras.

—Son unas extrañas velas que hay aquí.

—Ya, velas que estarán hechas con cera en la que se ha mezclado incienso y otro hierbajos secos y pulverizados. Esto solía hacerse mucho antiguamente, en especial para limpiar las casas de insectos.

—No me gusta este olor, pero ya he aprendido a soportarlo.

—Pues creo que haces peor cara que antes —le observó Hadler.

—No sé qué me sucede, pero cuando estoy aquí dentro siento algo desagradable que no sé cómo explicar.

—Si vas a ver a un psiquiatra, lo primero que te dirá es que no vuelvas a entrar aquí.

—Ven, ahí está el cuadro.

—¿Detrás de ese cortinaje?

—Sí.

—Tomaremos las medidas adecuadas para el enfoque. Habrá que montar el trípode en el lugar extremo.

—De acuerdo. Ya sabes que aquí no hay electricidad.

—No te preocupes, en el coche tengo una batería de suplemento cargada al máximo y con un cable largo, que llevo conmigo.

—Mejor que vengas preparado.

Patrick descubrió el tétrico y gigantesco óleo. Hadler lo examinó atentamente y al fin dijo:

—Es fantástico. Se podría decir que esos seres, aunque parecen espectros de ultratumba, están vivos.

—Ésa es la impresión que siempre me ha producido a mí.

—Eso sólo puede conseguirlo un genio. Los que tienen ojos parece que te estén mirando.

—¿Crees que conseguirás averiguar si es auténtico?

—Más o menos por la antigüedad, sí. Le vamos a sacar unas placas de rayos X y otras placas que no te voy a contar porque son muy especiales. Averiguaremos la composición de los pigmentos, la dirección de los trazos y si ha habido pinturas superpuestas sobre la original. La investigación sobre la autenticidad de las obras de arte está muy avanzada, lo que ocurre es que hacer un trabajo a fondo es caro y hay que disponer de un buen equipo.

—Pero ¿se puede autentificar la obra de un autor?

—Si no ha sido catalogada antes, no. Primero hay que dar autenticidad a la obra entre una comisión de expertos; luego si se le pueden hacer cromofotografías, placas de rayos X y otras cosas. Todos esos datos y las placas obtenidas bajo la influencia de distintos tipos de luces, quedan en una ficha muy completa. Si después aparece un duplicado, se le hacen todas las pruebas y si los datos ya obtenidos no concuerdan, se la considera una copia. Si lleva el nombre del autor, entonces se trata de una falsificación. Te asombrarías de conocer el número de falsificaciones que hay por todo el mundo, no sólo en las pinacotecas particulares sino también en los museos.

Hadler era muy eficiente en su labor. Para evitar los sofisticados rayos que precisaba para sus placas, se vistieron con unos trajes completos que parecían para protegerse de los incendios.

—Hadler, ¿ves lo mismo que yo?

—Sí, es el efecto del bombardero de los focos más el aparato de rayos X.

—Han desaparecido los seres, sólo queda el perro…

—Sí, la fosa y el perro. Me temo que eso será lo que aparezca en las placas. ¿Es importante?

—El cuadro original de Pieter Brueghel sólo tenía la fosa y el perro.

—Entonces, no cabe duda de que es el auténtico.

—Pero ¿por qué esos seres aparecen y desaparecen en el cuadro?

—Imagino que habrán sido pintados con posterioridad.

—¿Todo esto saldrá en las placas?

—Sí, con más perfección y podrás demostrar que en la pintura original no estaban los seres que ahora hay pintados, sólo la fosa, el paisaje pantanoso y ese perro que parece que vaya a saltar del cuadro de un momento a otro.

—Entonces, no cabe duda alguna de que es un auténtico Pieter Brueghel.

—¿Quieren venderlo?

—No, todo lo contrario. Estén dispuestos a pagar lo que sea para conservarlo.

—Es una obra de arte demasiado grande para que la desee ningún coleccionista particular.

Hadler prosiguió con sus pruebas, pero lo que verdaderamente importaba a Patrick Lancaster, éste ya lo sabía.

Aquella tarde se encontró con sus amigos en el *pub*. Jacky, algo bebido, se le acercó para preguntarle:

—¿Has secuestrado a Audrey?

—¿Te importaría que lo hiciera?

—¿Importarme? —Se echó a reír, alargó la mano y cogió a Margaret por la cintura—. ¿Por qué, si el mundo está lleno de mujeres?

—Pues olvídate de Audrey y déjala en paz.

—Tengo la impresión de que te das cuenta de que te la he quitado.

—No le hagas caso —objetó Margaret—. Está un poco bebido y también «volado», le ha dado al porro.

—Tú cállate, idiota.

—¿Y si no quiero?

Jacky alzó la diestra dispuesto a golpearla, pero su mano no pudo descender sobre el rostro femenino. Patrick la detuvo en el aire y luego le propinó un puñetazo en la cara que lo tumbó derribando dos sillas y produciendo un pequeño tumulto y algunos gritos femeninos.

—No pasa nada —dijo Patrick.

En encargado de camareros se le acercó, gruñendo:

—No quiero peleas aquí.

—No habrá más peleas, sólo que me ha parecido que tenía una mosca en la cara y he querido aplastarla.

Jacky quedó como atontado y entre dos lo llevaron a uno de los pequeños sofás, dejándolo allí medio aturdido mientras movía la mandíbula afectada.

Donald se acercó a Patrick para preguntarle:

—¿Qué te pasa, no sabes cómo es Jacky?

—Sí, pero hace tiempo que tenía ganas de darle un puñetazo.

—Olvídalo, es un pesado. Ha estado acosando a Audrey.

—Lo sé.

—Creo que lo ha hecho más por molestarte a ti que por salir con ella, aunque Audrey es un bombón. Por cierto, ¿dónde está?

—¿No ha venido por aquí?

—No, no la hemos visto.

—Qué raro. No está en su casa ni en mi apartamento, no está en ninguna parte.

—Estará preparando algo especial.

—¿Algo especial? —repitió mientras Margaret se acercaba a ellos dando por zanjado el asunto de Jacky.

Besó a Patrick en la mejilla y muy cariñosa le dijo:

—Gracias. Si no estuvieras colado por Audrey, te pondría un implacable cerco hasta que cedieras.

—¿Tú tampoco has visto a Audrey?

—No. Precisamente te iba a preguntar por ella. ¿Cómo está lo de mañana?

Donald intervino para puntualizar:

—Es lo que iba a decirle ahora.

—¿A qué os referís?

—A la ceremonia de espiritismo que mañana celebraremos en ese caserón que tú vas a demoler.

—Ah, sí. Audrey ya me había hablado de eso, yo también pienso asistir.

—Mejor —aprobó Donald.

Herbert también se les acercó.

—Estamos locos, Patrick. Queremos recuperar a Jennifer con una ceremonia de espiritismo, como si ella ya estuviera muerta.

Margaret, estremeciéndose, protestó:

—No digas eso.

—Ya conoces la historia, ¿verdad, Patrick? Jennifer desapareció y nadie la ha vuelto a ver.

Patrick pensó en Audrey que también había desaparecido inexplicablemente. En su mente seguían desarrollándose escenas de horror en las que la joven estaba implicada. Y él, sin saber a ciencia cierta por qué, se sentía como culpable de lo que le ocurría a la muchacha.

—¿Qué te sucede, Patrick? —Le preguntó Margaret—. Estás como distraído.

Patrick se había vuelto, con la mirada fija en la puerta de entrada del *pub*. Diana Fireshe le miraba con mucha fijeza, como si tratara de hipnotizarle de nuevo. Donald le dio una palmada en el hombro.

—¿Qué te pasa, Patrick?

Sacudió la cabeza y parpadeó como saliendo de una pesadilla. Entonces descubrió que la mujer que acababa de ver en la puerta no era la abogado, sino simplemente una desconocida. Más, los ojos de Diana Fireshe seguían persiguiéndole obsesivamente.

CAPÍTULO XII

Míster Raymond, el supuesto brujo, aguardaba como la vez anterior a bordo de su pequeño coche aparcado junto al muro que circundaba al caserón.

Patrick Lancaster, que no le conocía, lo vio como un hombre dubitativo, muy vacilante, quizás porque recordaba lo ocurrido en la sesión anterior.

En voz baja, Elisabeth comentó:

—No quería venir. Hemos tenido que pagarle un poco más.

—¿Están todos? —preguntó el seudobrujo.

Jacky, más rezagado, miraba a Patrick con rencor. También él había estado a punto de no acudir a la cita, pero pensó que si estaba Audrey, podía llegar a vengarse de su rival.

—Adelante, Patrick, abre la puerta —pidió Donald.

—¿Y Audrey, alguien la ha visto?

Nadie respondió, nadie había visto a la joven. Patrick se hallaba en tensión. Hasta aquel momento había seguido buscando a Audrey que no aparecía por parte alguna.

Se había interesado en comisarías y hospitales, pero Audrey había desaparecido lo mismo que Jennifer y no había forma de encontrarlas.

Patrick había albergado la esperanza de que ella acudiera a la reunión espiritista, no en vano era una de las que la habían preparado.

Su decepción quedó patente al comprobar que la muchacha no se había presentado y la norma de Audrey era ser puntual a las citas.

—¿Qué te pasa, Patrick, sigues distraído? —preguntó Donald bromeando.

—Sí, últimamente estoy muy ocupado.

Abrió la puerta del muro, luego la del atrio y se introdujeron en

el caserón. En aquella ocasión no quedaron tan sorprendidos por la falta, de luz, ya que llevaban consigo tres linternas.

—Es imprescindible que utilicemos los candelabros como la otra vez —les dijo míster Raymond.

Encendieron los candelabros que siempre tenían velas rojas, sin que supieran quién se encargaba de renovarlas.

El olor que las velas desprendían era mucho más fuerte en esta ocasión. Ellos lo ignoraban, pero el humo envenenado que desprendían las velas al consumirse estaba destinado a intoxicar sus mentes.

—Magnífico, magnífico —aprobó míster Raymond tratando de parecer Cordial, aunque observaba con recelo a su alrededor como buscando algo en los rincones en sombra, allá donde no llegaba la escasa luz que producían las malignas velas.

—Me escuecen los ojos —se quejó Margaret.

—Este humillo es como si fumaras un mal cigarrillo, acabas llorando.

—Si me ayudan, pondremos la mesa aquí, bien colocada frente al cortinaje. Me parece el mejor sitio —propuso míster Raymond.

Patrick seguía mirando hacia la entrada; Audrey no acudía a la diabólica cita.

Margaret le pidió:

—Siéntate a mi lado.

El joven obedeció de forma automática, sentándose junto a Margaret. Tenía que admitir que el lugar era idóneo para aquel tipo de ceremonias, y así lo pensaba el propio míster Raymond que se sentía atraído hacia aquel lugar pese a tenerle miedo.

—Nos cogeremos de la mano como en la ocasión anterior, yo haré la invocación. No os soltéis, mientras estemos unidos seremos fuertes. Quiero deciros también que los espíritus que acuden a estas invocaciones son inofensivos, su único poder es el miedo que provocan con sus apariciones.

—¿De veras no pueden hacer nada? —insistió Elisabeth.

—Exactamente. No pueden hacer daño, son seres sin cuerpo.

—¿De verdad cree que lo que ocurrió la otra vez fue real? —inquirió Donald.

—¿Alguien de aquí lo duda?

Sin demasiado énfasis, Patrick objetó:

—Pudo ser sugestión colectiva.
—Usted no estaba aquí la otra vez, ¿verdad?
—No, no estaba.
—Teníamos que ser los mismos —se lamentó míster Raymond.
—Yo estoy en lugar de Audrey.
—¿Audrey?
—Sí, era una de las chicas —aclaró Margaret.
—Pese a todo…
—No proteste —le cortó Donald—. Patrick es quien está a cargo de este caserón, él es el arquitecto encargado de demolerlo. Los demás estamos aquí porque somos sus amigos.
—Si es así… —Hizo una breve pausa y preguntó—: ¿Quién es el propietario de todo esto?
Casi mecánicamente, Patrick respondió:
—Lease F. Asael.
—¿Lease F. Asael? Qué curioso.
—¿Por qué dice que es curioso? —Patrick frunció el ceño.
—Bueno, sabrán que yo soy un brujo o mejor, un brujólogo —se rió levemente—. Yo no tengo poderes de brujo ni pretendo tenerlos, es evidente, pero conozco a brujos y brujas. Me interesó todo esto hace mucho tiempo y me hice brujólogo.
—¿Qué es lo que nos quiere explicar, en realidad? —le apremió Patrick que a cada minuto que pasaba se sentía más y más molesto.
—Conozco mucho sobre brujos, magos y demonios. Estoy siempre metido entre libros, especialmente libros antiguos que nadie lee, pero que están ahí para quien sabe buscarlos, en las bibliotecas públicas y privadas. No hago más que descifrar mensajes diabólicos, criptografías, hermetismos arquitectónicos y puedo decir… —Hizo otra pausa como para demandar una mayor atención.
Elisabeth, nerviosa, inquirió:
—¿Cuándo empezamos?
—Un momento —pidió míster Raymond. Cuando todas las miradas estuvieron centradas en él, sonrió y dijo—: Lease es Asael, leído al revés. ¿No se habían dado cuenta?
—Es cierto —exclamó. Margaret.
Para Patrick fue como si de pronto le abrieran una ventana por la que penetraba la luz.

—¿Quiere decir que es Asael F. Asael?

—Posiblemente.

—Y la «F», ¿qué significará?

—Es difícil. «F», «F», «F» —repitió. Al fin, exclamó—: Lo único que se me ocurre es aplicar una palabra latina.

—¿Como cuál? —inquirió Patrick.

—Verán, en esto de la demonología y la brujería se emplea mucho el latín, por eso suelo recurrir a él y una palabra que encaja en esta especie de acertijo, por otra parte nada complicado, hay que reconocerlo, sería *filius*.

—¿*Filius*? —repitió Elisabeth.

—Lease F. Asael podría transformarse en Asael hijo de Asael. —*Filius* es hijo y es obvio que la primera palabra se trata de Asael leído al revés, de modo que no me cabe ninguna duda de que el Asael hijo de Asael.

Patrick preguntó:

—¿Y qué puede significar eso?

—Pues que el tipo es un demonio o hijo de un príncipe de los infiernos que haya yacido con una bruja o una pecadora excomulgada. De todos modos, si es hijo de Asael, el príncipe de los infiernos, es de temer, no lo duden.

Donald gruñó:

—No estará hablando en serio…

Sin hacer caso de la objeción, míster Raymond preguntó:

—¿Y dice usted que ese Asael hijo de Asael es el dueño de esto?

—Sí —asintió Patrick.

Míster Raymond carraspeó sonoramente.

—Creí que el que bromeaba y me sometía a prueba era usted a mí.

—¿Qué le ocurre, tiene miedo ahora?

—Bueno, puede tratarse de una coincidencia y que yo no tenga razón. —Miró de nuevo en derredor, ahora más temeroso.

Patrick reclamó de nuevo su atención:

—¿Y Diana Fireshe?

—Diana es la gran bruja y Fireshe podría ser «fogosa». ¿Conoce a alguna mujer que se llame así?

—Sí.

—Pues conoce usted a gente muy especial.

—Yo quiero irme —dijo Elisabeth levantándose de su asiento.

En aquel momento, sin que hubiera tenido efecto invocación alguna, comenzó a oírse un fragor que parecía el inicio de un terrible seísmo mientras algo ululante descendía en espiral desde el elevado techo hacia ellos.

Todos se sintieron como aplastados contra las butacas mientras algo negro entre lo negro, más oscuro que la misma oscuridad, giraba en torno a ellos por encima de sus cabezas, como poseedor de dos ojos inquisitivos que les vigilaban con malignidad.

—Estáis aquí para servirme —comenzó a decir una voz gutural que Patrick reconoció—. Pronto alcanzaréis poderes que ni siquiera habéis llegado a imaginar. Obedecedme y servidme y yo os daré la inmortalidad, la riqueza, los placeres y el poder sobre vuestro prójimo.

Resultaba sorprendente poder oír aquellas palabras en medio del fragor que les aturdía.

Después, el terrible ruido cedió, pero todos se sentían aplastados por una fuerza extraña, ajena a sus cuerpos.

Patrick, todavía incapaz de reaccionar, dominado como todos los allí reunidos, observó como Diana Fireshe, vestida con una larga túnica negra, descorría los pesados cortinajes.

El gran óleo quedó al descubierto y una especie de murmullos salmodiando algo ininteligible y nada tranquilizador les llegó claramente.

Ya nadie preguntaba qué sucedía; todos parecían dominados por el ambiente.

El perro saltó, escapando del lienzo. Corrió hacia la mesa y saltó sobre ella mostrándole sus colmillos mientras gruñía amenazadoramente.

Nadie osó moverse, el pánico les inmovilizaba.

El perro saltó al suelo rodeándoles por detrás de las sillas, como advirtiendo que si alguien pretendía huir, sufriría el dolor de sus dentelladas.

Diana Fireshe se les acercó. En sus manos portaba unas largas agujas que tenían un pequeño mango negro. Eran agujas gruesas pero de puntas afiladísimas y las fue colocando frente a cada uno de los reunidos. Una de aquellas agujas parecía suficiente para matar a un ser humano si se clavaba en el corazón.

—Ofreceréis una víctima en sacrificio a mi señor Asael —les dijo Diana.

Todo podía parecer una broma fantástica pero no lo era. Increíblemente, los seres reflejados en el cuadro comenzaron a moverse.

Tomaron cuerdas y comenzaron a izar algo pesado, era un ataúd blanco, grande, de doncella. Lo tomaron por las asas y aquellos seres espectrales, incomprensiblemente, salieron del lienzo.

Se acercaron con su macabra carga y colocaron el ataúd frente a los reunidos que sentían el miedo en sus entrañas al verse rodeados por aquellos seres salidos de las tumbas.

Desencajaron la tapa y luego la apartaron.

Ante los ojos atónitos de los presentes apareció un cuerpo femenino al que todos reconocieron.

—Audrey —musitó Patrick.

La joven estaba viva, con los ojos abiertos, pero parecía incapaz de moverse. Su cuerpo desnudo se hallaba dispuesto para el sacrificio.

Diana dijo:

—El primero que hunda el alfiler del sacrificio en el cuerpo de la doncella será el que reciba más poderes.

Todos, obedeciendo no sabían qué extraña orden, tenían ya las afiladas agujas en sus manos. Hundirlas en el cuerpo de Audrey parecía espantosamente fácil, un sacrificio horrible para la víctima, una muerte larga y dolorosa que se avecinaba.

Jacky fue el primero en acercar su aguja al cuerpo de Audrey que parecía impotente para rechazar nada. Era como una paralítica total. Se le acercó a la boca, como dispuesto a hundir la aguja entre los labios de la muchacha.

Patrick reaccionó con inusitada violencia. Su puño se estrelló contra el rostro de Jacky y lo tumbó de espaldas, cayendo entre los seres espectrales que les rodeaban.

—¡Dios, suplico tu ayuda! —rugió Patrick con toda la fuerza de sus pulmones, consciente de que las fuerzas diabólicas se habían apoderado de aquel lugar queriendo convertir en asesinos a un grupo de jóvenes y en víctima a Audrey.

Se escuchó un fragor más intenso que el anterior y pareció que todo se iba a derrumbar.

Los jóvenes que un instante antes parecían hipnotizados por la fuerza magnética de los ojos de Diana Fireshe, miraron hacia el oscuro techo.

Patrick saltó hacia uno de los candelabros y lo arrojó contra el lienzo. Las llamas de las velas, en vez de apagarse, semejaron entrar en contacto con una pared húmeda de gasolina. Fue una deflagración rápida.

El fuego invadió casi instantáneamente el óleo como si una mano invisible lo propagara.

El fragor aumentó y al mismo tiempo se escucharon gritos, chillidos, alaridos… Fue terrorífico ver como los espectros corrían hacia el lienzo y saltaban dentro de él, quedando también envueltos por el fuego.

Incluso el perro saltó entre las llamas mientras Diana se convertía en una columna de humo negro y hediondo que ascendía en espiral hacia el techo que amenazaba con caer de un instante a otro.

Patrick no dudó en coger a Audrey entre sus brazos. Cargado con ella, salió del viejo caserón que temblaba como si estuviera en el epicentro de un seísmo devastador.

Míster Raymond se lanzó al suelo boca abajo, casi lamiendo la tierra y con los brazos en cruz comenzó a orar mientras todo su cuerpo se convulsionaba de pánico.

Patrick apretó el cuerpo de Audrey contra el suyo cuando el techo del caserón se hundía y las llamas ascendían voraces hacia el cielo.

El cuerpo femenino comenzó a moverse, sollozante. Patrick, sin apartar sus ojos de las llamas mientras se escuchaba un aullido profundo que se alejaba, musitó:

—Tranquila, Audrey, tranquila, todo ha pasado.

EPILOGO

Las excavadoras de demolición se llevaron las ruinas por orden de Patrick y rebajaron el suelo más de lo que se le había pedido. Una de las palas levantó algo muy desagradable.

—¡Eh, parece que he roto un ataúd! —gritó el obrero que conducía la excavadora.

—Lo que me temía, un cementerio oculto bajo el suelo del caserón —gruñó Patrick.

Míster Cooper estaba a su lado, ceñudo.

—Jennifer está en uno de ellos —musitó Audrey.

—La encontraremos —sentenció Patrick Lancaster cuando Fergus, muy nervioso, se acercó a míster Cooper y le cuchicheó al oído:

—Las monedas no son buenas.

—¿Cómo?

—El oro no es oro, es una aleación, pero no es oro…

—¡Por todos los diablos del infierno! —rugió míster Cooper cuando la tierra se abría bajo una de las pesadas excavadoras que comenzó a hundirse, a hundirse. El obrero saltó de ella, escapando a lo que podía ser una muerte segura.

FIN.



Rafael Barberán Domínguez (Barcelona, 1939), más conocido por el pseudónimo de Ralph Barby es un escritor español de novelas populares, también conocidas como bolsilibros o «libros de a duro» en referencia a su bajo precio. Estrechamente vinculado a la Editorial Bruguera, Rafael Barberán forma parte de los escritores de la Literatura popular española, junto con otros autores como Corín Tellado, Marcial Lafuente Estefanía, Frank Caudett o Silver Kane. Bajo el pseudónimo de Ralph Barby estaba también su esposa, Àngels Gimeno, con la que compartía la tarea de escribir. La lista total de los libros publicados por Barby cuenta con más de un millar de títulos y más de quince millones de ejemplares vendidos solo en español, a los que habría que sumar otros tres millones en portugués. Empezó publicando novelas bélicas y del oeste en las colecciones de las editoriales Ferma y Toray, aunque su éxito llegó poco después con las novelas de ciencia ficción y horror que publicó en las colecciones de la editorial Bruguera, con la que firmó un contrato de exclusividad que duró más de dos décadas. Con el cierre de Bruguera, a mediados de los años ochenta, Rafael Barberán y su mujer crearon su propia editorial, Ediciones Olimpic. Con ella publicaron numerosas novelas del oeste y de terror. Una de sus novelas del oeste, Cinco mil dólares de recompensa, fue llevada al

cine en 1974 por el director mexicano Arturo Ripstein. Personajes estereotipados y relaciones tópicas son las características principales de sus historias, narradas casi siempre con gran desenfado, muy típico de la época en la que fueron escritas…